

Voces y Silencios

Tercera versión

Testimonios de mujeres trabajadoras



EDICIONES
mens ESCUELA
NACIONAL
SINDICAL

Combas
CORPORACIÓN EDUCATIVA
COMBOS

Voces y Silencios

Tercera versión

Testimonios de mujeres trabajadoras



EDICIONES
mers ESCUELA
NACIONAL
SINDICAL

Combas
CORPORACIÓN EDUCATIVA
COMBOS



ESCUELA NACIONAL SINDICAL

Calle 51 N° 55-78

Tel.: 513 31 00 - Fax: 512 23 30

E-mail: fondoeditorial@ens.org.co

www.ens.org.co

Apartado Aéreo 12 175

Medellín, Colombia

2009



CORPORACIÓN EDUCATIVA
COMBOS

Calle 51 N° 56A-35

Tel: 514 16 72 - 512 62 51

E-mail: combos@une.net.co

www.combosconvoz.org

Medellín, Colombia

2009

Editoras

Gloria Amparo Henao Medina

Directora Corporación Educativa COMBOS

Clara Elena Gómez Velázquez

Directora Área Mujer Trabajadora ENS

Fotografía de portada:

“Yesenia en Miraflores”, Priscila Mora Flóres, Costa Rica, 2008

ISSN: 1794-9270

Para esta publicación la Escuela Nacional Sindical, recibe el apoyo de



La Coporación Educativa Combos de

CARITAS

Schweiz
Suisse
Svizzera
Svizra

**Talitha
Koum**

Este material se puede reproducir total o parcialmente
por cualquier medio, previo permiso de las organizaciones

Contenido

Presentación	5
Mirando las historias	7
Acta de premiación tercera versión	9
Categoría Mujeres trabajadoras hablan de sí mismas	
Amasando mi vida	
Mary de las Mercedes Mejía Álvarez	13
Lo que el tiempo se llevó	
Alba Margoth Zapata	17
El llanto de los recuerdos	
Florentina Galeano	23
Menciones: Mujeres con sus memorias de trabajo	
Cicatrices	
Magdalena Sánchez	33
Historia de una mujer que le ha tocado enfrentar la vida sola	
María Lucía Cardona	43

La voz de María Esperanza	
Liliana Serna	47

Textos seleccionados

La sorda, Petronila	
Ana Débora Castañeda	53

Una peona sin descanso	
Ana de Jesús Silva	61

No ha parado de llover	
Luz Adriana Correa	65

Tejiendo libertades en medio de cárceles	
María Elena Morales	73

Manifiesto de mujer	
Sandra Milena Rojas	83

Presentación

Por tercer año consecutivo las mujeres han asumido el reto de revelar sus secretos, para hacer de ellos una historia escrita, pública y publicable, que exorcice dolores, que enseñe lecciones y que diga basta, no más violencia contra las mujeres.

En el inicio fue una idea, un murmullo que hoy se hace voz fuerte y valiente de las mujeres que escriben sobre sí mismas. Este texto, corresponde a los escritos presentados en la tercera versión del Concurso Voces y Silencios: Testimonios de Mujeres Trabajadoras, convocado por la Corporación Educativa Combos y la Escuela Nacional Sindical.

Este concurso se ha convertido en un rito de la escritura femenina, realizado por más de 100 mujeres que han asumido la aventura de contar una parte de su historia, poco a poco fueron buscando en la memoria de los días, hasta seleccionar aquella narración que diera cuenta de cómo ha sido su trabajo.

Mirando las historias

Hay un silencio anterior a estas palabras, la historia laboral vital en construcción sobre el desarraigo; y aparecen entonces cuchillos utilizados como pluma de escribir con el resultado final de una catarsis.

Cuando brotan las palabras, dicen, denuncian el olvido familiar y social, se arrancan con ellas la garra aferrada al cuello, el ahogo del abandono del ser, contado de primera mano por las que sobreviven para escribirlo.

Historias entretejidas de pobreza, injusticia, abusos, bajas pasiones, amor y desamor, con un común denominador “el afán de ser útiles, productivas” para ellas y sus familias, el afán de ‘ser’ y significarse. Estos relatos se constituyeron para algunas en la única oportunidad de nombrar lo innombrado, de sacar el dolor guardado en el cuarto oscuro, la primera y única oportunidad de denunciar o arrancarse de la intimidad la herida del paso del tiempo por sus cuerpos.

Aquí no hay juegos imaginarios, es la hiel en concreto que se ha endurecido a golpe de vida. Movimientos que pudieron permanecer en secreto, que tienen que cumplir la misión de iluminar el camino de otras a las que abrirán los ojos para que no se repitan y repitan las mismas historias, para poner voz en las que vienen detrás, en las que ya lo están viviendo.

El proceso de este concurso será una influencia necesaria para las que van caminando o van comenzando a pisar sobre las mismas pisadas.

Es un privilegio leer de sus vidas, el empeño, el entusiasmo del desgarramiento en estos relatos, misión nada fácil para quienes las guiaron y para quien en últimas se entrega a narrar.

Como no es tarea fácil calificar los resquicios internos de experiencias y realidades personales, me apoyo en la manera de contar con coherencia, de denunciar, de hacer interesante el brazo partido de la lucha diaria, la capacidad de levantarse de las cenizas y los duelos, de cambiar sus vidas con hechos, antes inmersas en polvaredas.

Marta Patricia Mesa
Poetiza. Integrante del jurado calificador
2008

Acta de premiación tercera versión

Medellín, 19 noviembre de 2008

Siendo los 12 días del mes de noviembre, se reunieron en las instalaciones del Jardín Botánico de Medellín, a las 10:00 a.m., Aura López, Marta Patricia Meza y Luisa María Ramos, para deliberar con respecto a los escritos ganadores del concurso “Voces y Silencios”, en su tercera versión, realizado por la Escuela Nacional Sindical y la Corporación Educativa Combos.

Después de la deliberación, se decidió premiar a los escritos que por su testimonio y muestra de fortaleza, además de tener una buena calidad literaria, llevaron el mensaje y dieron testimonio de las vidas de estas mujeres trabajadoras.

Cabe aclarar que todos los escritos cumplen con estas características, por ello la dificultad de la decisión.

Siendo las 10:40 a.m., se llegó a la resolución final en donde los escritos favorecidos fueron los siguientes:

Menciones de Honor:

- Historia de una mujer que le ha tocado enfrentar la vida sola
Marta Lucía Cardona, Guerrero.
- La voz de María Esperanza
Lilina Serna, Lyan

Escritos ganadores

- **Tercer lugar:**
El llanto de mis recuerdos
Florentina Galeano
- **Segundo lugar:**
Lo que el tiempo se llevó
Margoth Zapata, Colibrí
- **Primer lugar:**
Amasando mi vida
Mary de las Mercedes Mejía, La Tía

Firma quien actuó como secretaria:

Luisa María Ramos
Jurado



Categoría
**Mujeres trabajadoras
hablan de sí mismas**

Amasando mi vida

Mary de las Mercedes Mejía Álvarez

Mientras escuchaba a mi madre gritar, comprendí que la vida no iba a ser fácil para mí. Seguramente la tragedia es un camino que se transmite de generación en generación. Cada grito anunciaba las fuerzas que yo tendría que sacar de adentro cada vez que la existencia me quisiera dar un puntapié. Así, entre gritos, me hice niña. Me gritaban para que empezara a ganarme la vida, gritaba mi madre por el dolor que la azotaba, gritaba yo para que me compraran empanadas, me gritaba el mundo para que recordara que había nacido tras la franja que señala la pobreza.

A mi mamá le dio por renunciar a éste mundo cuando yo cumplí siete años.

Mi papá se tiró al alcohol sin utilizar salvavidas, y empezó a ahogar su pena en el aguardiente, sin darse cuenta que era él quien se estaba ahogando. Optó por renunciar inmediatamente a la sobriedad, pues desde ese momento sólo miró el mundo con ojos de borracho.

Yo por mi parte también despedí mi niñez. Me prohibí jugar, montarme en cuentos de hadas, pues la realidad sólo me mostraba su mejor cara de ogro. Me convencí a regañadientes que para no desaparecer tenía que enfrentar ese ogro.

Así que amasé miles y miles de círculos que terminaban estampillados en un plato, les llené su barriga con cuantas papas podía conseguir, y las lancé al aceite, donde ardían de la misma manera que mis ilusiones de niña.

Entre empanadas blancas y amarillas, sin darme cuenta, me iba haciendo mujer; amasándome yo misma, moldeándome con la confianza de que algo muy grande tenía que suceder, para librarme de este destino ceniciento. ¡Y claro que aparecían cosas grandes!: grandes dificultades, grandes responsabilidades, grandes decepciones.

Aunque no pude darme el lujo de estudiar, sí tenía que financiárselo a mis hermanas. Cada cuaderno significaba cinco naves flotando en la manteca caliente. Cinco posibilidades menos de ser esa mujer que alguna vez soñé, cuando aún vivía mi madre.

Entre fritos, envueltos y envíos, descubrí el amor. Ese amor que te hace soñar con amaneceres imposibles. Amé con tal intensidad que hasta creí por un instante que podría hacer del trabajo una aventura. Pero el ogro no olvidaba sacar sus garras y exhibir sus dientes. Y me hizo gritar, con esos gritos a los que, supuse, ya estaba genéticamente acostumbrada.

El amor se quitó su vestido de fiesta al descubrir que estaba en embarazo, y salió corriendo en busca de amores menos comprometedores.

Y la aventura se volvió pesadilla. Empecé a madrugar para comprar los materiales, a cocinar el maíz, vaya a la revueltería¹ a conseguir los materiales para el guiso, caliente el aceite, arme, frite, empaque, venda, reparta. Para evadir la tristeza empiezo a inventar empanadas con figuras de animales que me ayudarán a atraer clientela infantil: gallos, perros, cabras, jirafas, leones, todos chamuscándose en la paila. Sin percatarme cómo, mis dedos empezaron a tomar el color de las empanadas.

Lo que hasta ese momento me había dado para sobrevivir, se vuelve insuficiente, así que empiezo a doblarme, a rebuscarme, a reinven-

1. Almacén de venta de víveres, ubicada en los barrios populares en Colombia (N. del E.).

tarme. Empiezo a hacer rifas, a vender productos de revistas que en muchas ocasiones termino pagando yo misma, a buscar trabajos por temporadas en los almacenes. A ayudarle con el aseo a las vecinas más próximas. Todo, para que ese niño creyera que uno viene al mundo es a jugar. No sabía, y en realidad no tenía por qué saberlo, que a esta tierra se viene es a luchar desde que eres un crío, si quieres que la pobreza no te arrincone y termine por aplastarte.

Mientras tanto, un cáncer de hígado fue creciendo en las entrañas de mi padre. La noticia no le movió el piso, pues igual que otras veces no estuvo sobrio para elaborarla. La recibió del mismo modo como se asume el hecho de que se ha acabado el licor en la cantina del barrio.

Con la serenidad que sólo puede dar unas venas transitadas por el licor, sorbió su última copa, y se arrojó a un silencio negro, sin tangos, resacas, ni estridencias. De esa marcha sólo heredé sus deudas y la convicción de que a quienes nos toca padecer la vida en sano juicio, el dolor se nos triplica, y si eres mujer es todavía más difícil.

Su despedida me planteó la posibilidad de un nuevo negocio. Pensé que lo que para unos puede significar la muerte, a otros nos debe garantizar la vida. Empecé a vender licor, e inconscientemente en cada copa, cobraba la muerte de mi padre.

Así, mi vida empezó a transcurrir entre teteros, borrachos y empanadas. Las riñas, los vasos estallados en el piso, el tufo y las charlas a decibeles prohibidos, fueron el pan de todos los días. A veces me sorprendían las dos de la mañana sacándole los gases al bebé, recogiendo los desperdicios y despidiendo los últimos borrachos.

Sin percatarme cómo, terminé bebiéndome el contenido de las botellas, buscando en el fondo algo de placer.

La fragancia del licor y el maíz refrito le daban en mi negocio la apariencia de un eterno diciembre, de un lunes tedioso.

Pero todo termina por cansar, las miradas lujuriosas de los clientes, los reclamos sin razón de ser, las ofensas y los insultos denigrantes, los que creen que por vender licor te estás ofreciendo.

La crisis económica no se dejó esperar, y entre embriaguez y resaca, me percaté de que yo también me estaba hundiendo.

Así que abandoné todo aquello que olía a licor. Me concentré de nuevo en mis empanadas blancas y amarillas. Quise darme una oportunidad. Decidí validar el bachillerato, hacer conciencia de mis posibilidades como mujer, e instruirme, convencida de que, definitivamente, es uno mismo quien amasa su vida, y que independiente de cuanto te grita el mundo, más feroz tiene que ser el grito que emana de ti misma.

Lo que el tiempo se llevó

Alba Margoth Zapata

Soy la número once de dieciséis hermanos. Desde que estaba muy pequeña escuchaba que era una apestada, que me había muerto tres veces antes de los cinco años, pero que mala hierba nunca muere, y que ahí seguía dando brega. El tiempo pasaba y yo me preguntaba por qué decían esas cosas de mí. Como éramos tantos, ¡el que se enfermaba se moría!, y yo me enfermaba pero no me moría. De mis hermanos mayores habían muerto cuatro, a ninguno lo llevaban al médico. Cuando me veían mal, compraban todo para el velorio. Eso pasó repetidas veces, pero nunca les di el gusto de morirme. Se quedaban con el café, las velas y el cajón comprado. Seguía vivita y dando brega. Eso era lo que comentaban.

Por todo me decían: mocosa, chillona, lombricienta; me lo repetían a diario. Los hermanos mayores le decían a mi mamá: péguele a esa culicagada que chilla por todo. Mi mamá los obedecía, y yo más y más lloraba, sin consuelo. No le veía el sentido a la vida, me quería morir de la tristeza, me preguntaba ¿yo para qué y por qué vivo? ¡Eso no era vida! menos para una niña como yo que era dueña de todas las enfermedades. Pero el poder de Dios es tan grande que aquí estoy contando el cuento de mi vida.

Empecé a crecer en edad y en obligaciones, menos en estatura. Tenía que trabajar para poderme ganar la comida, porque todo el que crecía tenía esa obligación. Estas tareas empezaron a los siete años. Yo cumplía órdenes, de lo contrario me castigaban y me doblaban el trabajo. A medida que pasaba el tiempo yo iba creciendo al igual que mis obligaciones.

A las cuatro de la mañana empezaban las órdenes: levántese a moler el maíz para las arepas, vaya cuide a los marranos, traiga las vacas y se pone a ordeñar, vaya llévele el desayuno a los trabajadores. Rápido, traiga el revuelto para el almuerzo, y si se demora le doy una pela y no se la perdono. Y es en serio, si no llegaba pronto, el descanso era un castigo. Yo le decía: “mamá, estoy cansada”, y ella me contestaba “quien dijo que los muchachas pequeñas se cansan, quédese callada si no quiere que le pegue otra vez, usted es una perezosa. Rápido, se pone a pilar cinco puchas de maíz”. En esas condiciones, pasó mi niñez. Yo comía parada porque los destinos no me daban tiempo para sentarme a comer con tranquilidad.

Para colmo de males, uno de esos hermanos mayores me bajaba los pantalones con ganas de aprovecharse de mí. Entonces, yo le decía a mi mamá y ella no me creía, me decía que yo era una sinvergüenza y me castigaba. Me pegaba con los ramales de la cubierta de un machete delante de mi hermano y él se burlaba de mí. Yo no entendía por qué mi hermano me quitaba mis interiores y por qué mi mamá me decía sinvergüenza, que yo era la culpable de que él se comportara así. No sabía los malos pensamientos de él, lo único que me salvó era que él estaba grande y se lo llevaron a prestar servicio militar, cuando regresó, yo ya estaba más grandecita. Me inspiraba mucho miedo, yo prefería estar lejos de él, pero no entendía por qué el miedo, ni mi mamá ni nadie me habían dado una explicación, por eso cuando me di cuenta de que lo que quería era violarme, le tuve mucha rabia por la falta de respeto a los menores de edad.

Pero vino con las mismas costumbres y entonces cogía a mis hermanitas cuando estaban dormidas. La primera con quien lo intentó le

hizo escándalo y pasó lo mismo que conmigo. Mi mamá no le creyó y la amenazó con pegarle por escandalosa, entonces mi hermanita no podía dormir tranquila. Después le faltó al respeto a la otra y le pasó lo mismo con mi mamá. Cuando él llegaba a la casa mi mamá lo atendía como si nada. Nosotras no podíamos dormir en paz, porque nos teníamos que cuidar nosotras mismas, porque los dormitorios no tenían puerta, y con mi mamá no podíamos contar para nuestra seguridad. Hasta que crecimos y él se perdió. No volvimos a saber nada de ese animal grosero que no nos respetaba.

Cuando tuve a mis hijos nunca se los confié a nadie, cuando ellos me contaban alguna cosa prefería creerles a ellos que a las demás personas. Por mi experiencia de niña. Eso me sirvió para proteger a mis hijos y enseñarles los cuidados que deben tener con ellos mismos y con las personas que se atrevan a faltarles al respeto en cualquier momento. A los niños debemos enseñarles a defenderse, hay que tenerles mucha confianza cuando nos cuentan sus cosas y preocupaciones.

Sin tiempo personal, sólo trabajaba bajo el maltrato y el castigo, sin nada de cariño ni de estudio. Cuando tenía catorce años mis hermanos estaban estudiando, y yo le decía a mi mamá ¿por qué no me ponía a estudiar? ¿por qué los muchachos sí y yo no? Ella me contestaba que si era que me estaba enloqueciendo, que el estudio era para los hombres, que las mujeres ¡para qué carajo eso! Yo para no someterme al castigo tenía que seguir con los destinos, cargando leña, cargando caña para picarles a las mulas, cogiendo café, rozando el rastrojo para sembrar, cuidando los matorrales que no eran míos. Levántese a las tres de la mañana para despachar a los trabajadores que salían a las cinco de la para el corte, y siga con la tarea de todos los días de mi vida, sin decir que no quiero hacer ese destino porque lo tenía que hacer, quisiera o no, porque si decía alguna cosa empeoraba la situación.

Nunca le preguntaban a uno si quiere, si no quiere, si puede o si no puede, porque nunca preguntaban en que condiciones me encontraba. Sólo se escuchaba el mandato: haga esto, haga lo otro. Y sin chistar, porque cuando mi mamá hablaba teníamos que estar listas. Y uno, del

miedo que le tenía, porque pegaba sin compasión, preferiblemente trabajaba, aunque los trabajos fueran difíciles. Mejor trabajar que un castigo. En estas condiciones continuaba mi vida.

Mi mamá no permitía que la hijas conociéramos el dinero, que en ese tiempo eran centavos. Vivía prevenida, creía que si conocíamos las monedas se le acababan las mulitas de carga que tenía en la casa, porque ella nos tenía para el trabajo que produjera plata para ella poder atesorar.

En estas condiciones llegaron mis quince años, me dobló el trabajo y me castigó dizque para que me recordara toda la vida de mis quince. Yo sentía vergüenza porque no tenía zapatos y la ropa que me ponía estaba llena de remiendos porque me compraban un vestido cada año, pero para guardarlo en un talego colgado del techo, para que nunca me lo colocara.

Cuando cumplí los dieciocho años empecé a conocer el precio de las monedas y las horas en un reloj, sentía la necesidad de conocer el dinero. Esto empezó a salirse de mis manos y se me empeoró la vida. Empecé a llamar la atención, yo quiero empezar a estudiar, ¿por qué los demás sí y yo no? Mi mamá me decía que si era que no le pensaba pagar la crianza y le respondía ¿yo acaso la mandé a que me hiciera?

Comencé a darme cuenta que era hora de reaccionar, porque de tanto cargar canastos llenos de plátanos para cocinarle a los marranos, tenía mi cabeza con una zanja, porque el canasto lo cargaba con un cinchón en la cabeza y tenía callo en la espalda de esos viajes tan pesados que hacía diariamente. Todos los días ella me repetía que la respetara, yo le respondía que hasta cuando me pensaba maltratar, mientras miraba por donde iba a correr para que no me pegara, porque ya estaba muy grande para dejarme pegar.

Empecé a robarle café del mismo que yo trabajaba, para poder comprarme mis interiores, mi hermana mayor me hacía el cruce, ella le decía a mi mamá que me los había regalado, para que no se diera cuenta que eran comprados con las puchas de café que le sacaba de la secadora, pues ella era tan hambrienta que no quería que yo tuviera nada valioso.

A los trece años, mi hermana mayor me quería mucho, de verdad, y veía el sufrimiento por el que ella había pasado. En ese preciso momento era yo quien estaba viviendo la misma situación que ella vivió. Mi hermana me regaló un anillo de oro muy bonito, me lo dio de cumpleaños y cuando mi madre se dio cuenta me lo quitó diciendo que yo eso no me lo podía poner. Me lo quitó y lo vendió para que yo no tuviera nada de alhajas valiosas, porque ella no permitía que las hijas tuvieran algo.

Pero los hijos sí podían tener lo que quisieran, alhajas u otras cosas como ganado, bestias, fincas. Ella era machista hasta el final. Qué pesar de mi madre como mujer, ¡tan horrible con ese machismo! Yo seguía trabajando, mi padre viendo esto, que cuidaba animales de él, de mi mamá y mis hermanos y que yo no tenía nada, me regaló una ternerita muy bonita, le puse Mosca porque tenía pecas blancas y negras. Todos se fijaban en ella porque tenía un crecimiento espectacular, todos tenían ganado pero el trabajo con estos animales siempre me tocaba a mí, picarles el cuido, pasarlos de un potrero a otro, ordeñar, curar a los terneros de los gusanos. Todos, todos los cuidados con los animales. Margoth para todo.

Pero con el regalo que mi padre me dio yo trabajaba con muchas ganas, porque mi ternerita crecía como una espuma, pero la dicha no me duró mucho. Mi mamá debía una plata en la Caja Agraria, todos tenían animales como para responder por la deuda, mi ternerita estaba convertida en una novilla de dieciocho meses que ya podía tener terneros. Para pagar la supuesta deuda, que eran seiscientos pesos, mi mamá les dijo a los hijos —cojan esa novilla de Margoth y la venden—, hasta aquí llegó mi suerte porque cuando mi madre hablaba no se podía chistar.

Vendieron mi vaquita, que era la más bonita de toda la manada, la vendieron por novecientos pesos, sobraron trescientos y me compraron dos marranos que al día siguiente se murieron. ¡hasta aquí llegó la suerte que mi padre me regaló! Yo tenía que aceptar lo que mi madre dijera y no podía decir nada porque era tiempo perdido o era arriesgarme a que me castigara. Si decía alguna palabra prefería aguantarme

la tristeza callada y pensando. Vendieron mi futura suerte, me sentí demasiado afligida cuando vi a mi ternerita que ascendía por un filo, ¡se la llevaban!

Yo la quería tanto porque era el regalo que mi padre me había dado con tanto cariño, agradecido por mi trabajo. Perdí mis ilusiones de trabajar con ánimo, hasta ese momento todo se me derrumbó, el ánimo que tenía se murió. Lo que consiguieron conmigo fue mi rebeldía. No me importaba nada, vendieron mi suerte, aquí quedó la suerte que mi padre me dio. Eso era lo que mi madre quería, que yo no tuviera nada.

Yo pensaba ¿por qué tuvo que ser la mía si todos tenían animales? Mi mamá era demasiado cruel conmigo. Me da tristeza que fue ella quien me hizo tanto daño y tener que recordarla de esa manera, son cosas que lo marcan a uno para toda la vida.

Al final, después de muchos años, la vida me ha cambiado mucho, mucho. Porque aquí estoy contando el cuento de mi niñez y juventud. Tengo 59 años con buena salud y mucha tranquilidad, gracias a Dios que me dio tanta resistencia para aguantar este tiempo tan crítico. Mi Dios me ha recompensado con sosiego estos últimos años de mi vida.

El llanto de los recuerdos

Florentina Galeano

“Recuerdo ese día como si fuera ayer, era un 31 de diciembre en mi casa. Mi papá, mi mamá, mis hermanos y yo, estábamos esperando para salir a una fiesta a la que nos habían invitado unos vecinos, el problema era que no había luz,² entonces mi hermanito se fue con un amigo a ver lo que pasaba y ahí fue cuando empezó todo”, dice mi hija Natalia mientras acaricia el cabello de su hermana.

Natalia tiene el cabello largo y de color oro, unos grandes ojos cafés y una sonrisa que le inunda toda la cara cuando habla. Alejandra, por el contrario, tiene el pelo negro y los ojos oscuros, que casi nunca están encendidos, pues su mirada triste se pierde en los recuerdos.

Las dos hermanas tienen diez y trece años. Natalia, por ser la mayor, guarda en su memoria aún más detalles y momentos significativos de su vida. Para Alejandra, su pasado se hace confuso y las lagunas borran todos los recuerdos dolorosos.

Ese día el frío, que era normal en el municipio de Granada, y a la altura de la vereda La Quiebra, donde vivían las dos niñas, era más intenso. Era un frío que llenaba de incertidumbre a la piel hasta llegar a los huesos y aceleraba el proceso normal del corazón, definitivamente

2. Energía eléctrica (N. del E.).

ese no era un frío normal. La luz se había ido y todos los habitantes de la vereda se preguntaban la causa y esperaban que regresara para celebrar, como se debía, el último día del año.

Mi hijo, uno de los hermanos de Natalia y Alejandra, decidió salir en compañía de un amigo a cerciorarse por sí mismos qué era lo que estaba pasando, así que cogió su mulita, y su amigo su caballo, y juntos emprendieron la última travesía de su vida. Yo, la mamá de las niñas, era quien estaba más nerviosa, quizá presagiando lo que traería esa salida de mi hijo. Eso fue muy duro, salió el niño de mi casa a eso de las nueve y media o diez de la mañana, a mirar qué le pasaba a la luz, porque, en los campos, la luz molesta mucho, pero yo ya estaba como nerviosa, recuerdo cómo me acomodaba en la cama entre las cobijas.

En la casa de las niñas todo era confuso, todos seguíamos alisándonos para ir a la fiesta que se realizaba en la vereda Los Medios, una vereda vecina en la que acostumbraban celebrar el 31 de diciembre matando un novillo y haciendo sancocho, en compañía de amigos y conocidos de la región. Sin embargo, había cierta incertidumbre por la ausencia de mi hijo, el ambiente tenso se sentía entre nosotros, los habitantes de la finca. Pese a esto no se nos aplacaban los ánimos de festejar el 31, habíamos planeado ir a esta reunión durante todo el día y no la pensábamos cancelar. Así que todos nos pusimos los sacos para amedrentar el frío y nos fuimos a celebrar con los amigos y conocidos de la región, con el corazón latiendo a mil y con una extraña sensación en el estómago.

Fuimos a Los Medios, claro que un momentico porque estábamos con sicosis. Llegamos a eso de las doce del medio día, y a pesar de que ya estaba listo el sancocho, nadie de la familia quiso comer. No había ánimos ni siquiera para eso, así que sólo saludamos a los conocidos y nos devolvimos para la casa a esperar a mi hijo.

Él era el niño de la casa —así lo llamaba yo cariñosamente—, debido a que era el menor de mis tres hijos hombres; tenía veintiún años, la piel blanca y los ojos miel, y a pesar de que no pasaba del metro con setenta centímetros tenía el porte de un hombre, que ya para esa edad,

como decía yo, estaba hecho y derecho. Él amaba su tierra más que cualquier otra cosa, recorría los caminos en su mulita que a pesar de ser lenta, era su fiel compañera; los constantes cuidados y la protección de mi hijo, la habían vuelto un animal hermoso, admirado por todos y pretendido por muchos.

Era un hijo obediente, dedicado a las labores del campo y a ayudar en la casa en todo. Trabajaba desyerbando el café y cogiendo fríjol. Cuando pasó todo eso tenía cien kilos de fríjol por vender, ¡eso estaba más contento!, no veía la hora de venderlo —lo cuento yo mientras dibujo en mi rostro una sonrisa tímida—.

Sin embargo, mi hijo no escuchó mis advertencias de no salir ese 31 de diciembre, yo prefería que se quedara a mi lado esperando a que la energía regresara, pero él quería cerciorarse de qué era lo que estaba pasando, la curiosidad era su mayor cualidad o su mayor defecto, para mí en ese momento hubiese sido mejor que la luz regresara sola.

A medida que pasaba el tiempo sin que mi hijo retornara, yo sentía cómo las rodillas me temblaban, mi corazón empezó a palpar cada vez más fuerte, podía escuchar de cerca la respiración de todos mis hijos, menos la de mi hijo Germansito, presentía que de hecho nunca lo iba a volver a escuchar. Tiempo después sentí algo más fuerte que la respiración de todos, algo mucho más sentenciador, algo que no quería escuchar y me alertaba sobre lo que presentía que iba a pasar. Las balas parecían penetrar poco a poco mi corazón y perforar mis esperanzas, fueron diez tiros, los mismos que recuerdo muchas noches y que me parece escuchar cuando no logro conciliar el sueño pensando en mi hijo.

El pueblo del horror

Granada³ estaba pasando entonces por una situación muy confusa para sus habitantes, para ellos era desconcertante ver cómo se enfrenta-

3. Municipio del departamento de Antioquia, ubicado al oriente de la ciudad de Medellín, Colombia.

ban distintos grupos armados, y lo peor era que no se lastimaban entre ellos, sino que cada vez la población civil era la más afectada. Estos hechos perturbaban a los pobladores, hasta en el interior de sus hogares. Todos los actores armados se excusaban de sus ataques, diciendo que las personas eran confundidas por sus enemigos y que por eso debían combatirlos, y de esta manera atemorizaban al pueblo y lo sentenciaban a una amenaza silenciosa, de la cual muchos pobladores de Granada, nunca se atrevieron a hablar por miedo a que les pasara algo a ellos o a sus familias.

El ejército nos trataba muy mal, porque según ellos éramos dizque guerrilleros. Yo por eso mantenía cerrada la puerta de la casa, porque me daba miedo verlos con esas armas. En ese tiempo en Granada nadie se atrevía a dejar las puertas abiertas. Eso era fijo que algo le pasaba a uno.

Los granadinos fueron víctimas de hurtos, torturas, secuestros y desapariciones; y tuvieron que quedarse callados por temor a que sus vidas corrieran peligro. Fue toda una confusión en la que nadie daba una explicación de qué era lo que estaba sucediendo. Parte de este conflicto no sólo tocó a las familias establecidas en la parte central del pueblo sino que también perjudicó a los habitantes de algunas veredas. Entre ellas La Quiebra, vereda en la que vivíamos nosotros.

“Esas personas empezaron a llegar por allá, pero nosotros no sabíamos por qué y es que nosotros no la íbamos con esa gente. ¡No que miedo irla con esa gente! Todos ellos no decían nada pero comenzaban a tirar y mataban al que se les atravesara y yo no sé por qué”, dice Natalia que mira a su hermanita, triste, por la muerte de su hermanito.

“Recuerdo, como estar viéndolos ahorita, que algunos se ponían camisas verdes, largas y otros corticas; otros con pantalones y botas negras; algunos se tapaban la cabeza; ellos no decían nada sino que tiraban plomo y mataban a la gente”, cuenta Natalia, a pesar de que nunca habla del tema, por temor a refrescar los recuerdos tristes. En su cabeza están más que presentes los rostros y las acciones de lo que pasó el 31 de diciembre de 2003.

En ese tiempo todos nos preguntábamos ¿qué es lo que buscan y qué quieren con nosotros?, ¿qué hicimos para merecer tanto maltrato?, ¿quién nos va ayudar para que cesen las masacres? Mi hijo Germansito era el que más insistía para que nos quedáramos, todos le decíamos que nos fuéramos ya porque teníamos mucho miedo, ¡pero él nada que quería!, yo creo que a él le daba más miedo salir de allá.

“Si nos hubiéramos ido, de pronto no hubiera pasado lo que pasó”, comenta Natalia quien baja el tono en las últimas palabras. A este punto Alejandra interrumpe: “y es que esa gente ya nos había asustado varias veces. Una vez fueron a la casa dizque a pedir comida y a mí me dio mucho miedo, esas armas las bajaban hasta el piso, y lo miraban todo feo a uno”.

Poco a poco el Bloque Metro de las autodefensas se convirtió en el grupo más fuerte de todo el oriente antioqueño, desplazando a la población. Lo más preocupante fue que se transformó en un grupo disidente de las AUC y debido a esto cometían sus barbaries como grupo. La incursión de las AUC al casco urbano de Granada comenzó en noviembre del 2000, cuando aquellos, luego de azotar el puesto de policía, asesinaron a veintiún personas del municipio y dejaron advertencias en los muros donde testificaban su autoría en los crímenes y señalaban a que se debían atener los demás grupos armados en caso de no ceder.

El ejército comenzó a aumentar su presencia en este lugar y como consecuencia de ello hubo incontables enfrentamientos que no sólo dejaron muertes en las filas de los grupos armados sino civiles. El oriente antioqueño⁴ ha sido una región crítica desde el 2000, que fue cuando los homicidios se incrementaron. Esto ocurrió como resultado de la incursión de los grupos armados en los municipios de San Carlos, San Luis, El Peñol, Cocorná, y Santuario, afectados en los últimos años.

Mi esposo cuenta que la situación llegó a ser muy tensionante para muchos en el pueblo: a los que desaparecían, sus familias no volvían a saber nada de ellos, ni siquiera los cuerpos aparecían. A otros los mataban sin una razón justificada.

4. Región del departamento de Antioquia, Colombia

Mi esposo, Heriberto, recuerda: “algo parecido ya había pasado con el hijo mayor de mi esposa. Ella tenía tres hijos hombres y una hija de su primer matrimonio. Cuando se casó conmigo tuvimos dos hijos y dos hijas más, entonces éramos diez. Pero la familia empezó a disminuir desde que el hijo mayor de Rafael se fue de la casa y no regresó jamás”.

Un día mi hijo mayor, Rafael, salió de la casa y sólo se despidió de mi actual esposo, Heriberto, con una frase sentenciosa: “prométame que va cuidar a mi mamá y que no me la va a dejar solita”, ante tal exigencia Heriberto, respondió: “¿cómo así mijo?, ¿es que usted pa dónde se va?” A lo que Rafael contestó: “pa ningún lado que usted pueda saber”. “Y así se fue caminando hasta que se perdió en el horizonte y yo que no le presté atención, ni mucha importancia al hecho, debido a que el muchacho solía salir frecuentemente de la casa”, cuenta Heriberto.

Pasados los días me preocupé y empecé a buscarlo como loca, pero nadie en el pueblo daba razón de él. Hoy, después de nueve años de desaparecido, continúa siendo un fantasma en mi cabeza, no sé si está vivo o muerto, si se lo llevó la guerrilla o los paramilitares o el mismo ejército, o si hoy es uno de los tantos que buscan el futuro integrándose a un grupo ilegal. Esta es una última posibilidad y es la que más temo, pues yo no consentiría que mi hijo hiciera parte de hombres tan malvados que son capaces de arrasar con pueblos enteros sin importarles que sus acciones lleguen a las personas más inocentes.

Ni aunque hayan pasado cinco años he podido mitigar mi dolor de madre con lo que le hicieron a mi hijo Germán. Los actores armados hacían todo lo que estaba a su alcance para desgastar las fuerzas de los más inocentes. Yo ya he sufrido muchas veces por lo que le hicieron a Rafael y Germancito, y por lo de mi primer esposo, es que a mí me ha tocado muy duro, ¡bendito sea mi Dios!, uno tiene que ser fuerte en esta vida. Un día mi primer esposo se fue a trabajar al cafetal y lo mataron, eso hace ya veinticinco años y ahí empezó mi calvario.

Duré seis años casada con él y después de viuda me tocó trabajar en un hogar para niñas. La hermana superiora me humilló porque le di

un lulo a una niña que estudiaba en ese colegio: me dijo que yo no le iba a servir, entonces, yo le contesté: “tranquila hermanita que yo me voy para mi casa y allá me estoy con mis niños, no me importa que me toque ir a coger café, pues de todas maneras estoy acostumbrada”. Muchas veces me tocaba mojarme, pero como lo hacía por mis cuatro hijitos no me importaba.



Menciones:
**Mujeres con sus
memorias del trabajo**

Cicatrices

Trabajo forzado. La quebrada ¿qué se llevó? Palermo, ¿por qué llegamos aquí? Limonar, un castigo para los pobres. Internado, amigos de doble filo. Asesinatos ¿por qué ofrecer dolor a otros? Violaciones, “mami no lo traigas”. Discriminación, “pero yo también soy capaz”. Por fin descubrí que hay otros mundos.

Magdalena Sánchez

Aún recuerdo cuando de pequeña me pegaba de los carros para que las personas, a las que les ofrecíamos los confites y los chicles, no se los llevaran, o a los que simplemente les limpiábamos los vidrios de sus hermosos carros, para que nos dieran unos pesos.

Ya en la noche, como no teníamos nada que hacer, solo esperar a que amaneciera en el silencio de las calles y en el frío de la noche, veía mis cicatrices, las cuales estaban allí con muy pocas explicaciones, y más que imposible de borrarlas, éstas, estaban allí desde que tengo uso de razón.

La pobreza obligaba a mi mamá a que nos llevara, poco después de nacer, a pedir con ella en La Aguacatala, una de las avenidas de El Poblado. Allí, una tarde, un hombre borracho que conducía un auto nos atropelló y nos dejó casi muertas. Yo tenía ocho meses de nacida, lo grave del caso era que como en el momento yo era la más pequeña, mi mamá me llevaba cargada.

Muchas veces me he sentado a charlar con mi mamá para ver qué recuerda de este acontecimiento, pero ella dice que sólo recuerda cuando despertó al tercer día y se descubrió con su cuerpo cubierto de gasas. Sus quemaduras eran muy profundas, pero lo que más le dolió fue cuan-

do preguntó por mí y la dirigieron, después de varios días, a un cuarto donde se encontraban varios niños, al hacer el recorrido, allí estaba yo, ¡por Dios! sólo se podían ver mis ojos, estaba completamente vendada, con un tubo desde la rodilla hasta los tobillos, ¡era algo desgarrador!, pero de igual forma la vida tenía que seguir. El conductor sólo pagó lo necesario y me dejó marcada para toda la vida. Aún tengo una foto de cuando tenía dos años de edad y las cicatrices estaban como acabadas de hacer. Después de salir de allí fue igual, porque las curaciones me las hacían unas niñas de un almacén de disfraces de El Poblado.

Después de cumplir mis cuatro años continué trabajando, porque antes, mientras me sanaba las heridas, me dejaban en una cajita de cartón en una de las sillas del parque y mi hermano Héctor, que era el mayor, pedía los ripios de pollos del restaurante Mario que estaba en una esquina y me los llevaba.

De verdad, estas son las cosas que nunca se me van a olvidar. Pollos Mario; quedaba diagonal a La Candelaria, en toda La Diez de El Poblado. Allí pasamos las verdes y las maduras, porque en La Candelaria, la policía no nos dejaba trabajar porque los clientes se quejaban y decían que era poca la seguridad que allí había. Un día, al ver Beatriz que ninguno conseguía nada, hizo una mala actuación y por esto la policía la cogió, por haberle robado unos panes a una niña rica, y la llevaron para la correccional de menores La Pola.

Ese era uno de los días en los que tienes hambre, tienes frío, tienes miedo; te enfrentas a una sociedad con tantos estigmas y tabúes, es incomprendible creer que se tengan tantas limitaciones y que el corazón se descifre en pesos.

Cuando conseguíamos algo para comer, para llevarle a mi hermana, no nos permitían verla. Recuerdo un día que le llevamos una papa de carne con un café con leche. Era lo mejor que se había comido en mucho tiempo. La vimos llorar y de igual forma llorábamos nosotros, nos dolía tanto ver cómo los guardias la trataban mal, sus palabras eran: “mamá, por favor sácame de aquí que no aguanto más”. Era de verdad muy degradante verla llorar sin ningún consuelo, ¡la vida de verdad era muy dura!

Muchas veces pensé lo malo: que Dios no existía, que la vida no tenía nada bueno para nosotros; hasta llegué a pensar que Dios era racista y no quería a los negros. Pero, la verdad es que de igual forma muchos de los compañeros que trabajaban con nosotros eran blancos, entonces no era así, lo único era que la sociedad no sabía repartir y a nosotros lastimosamente no nos había tocado nada. Muchas veces pensé que cuando fuera grande mataría a todos los que nos negaron un poco para comer o que simplemente nos trataban muy mal, y hasta nos pegaron calvazos⁵. Muchas veces llorábamos de hambre.

El dolor y el miedo se encontraban en las noches en las cuales mi mamá nos cuidaba del peligro de las calles. Nosotros tratábamos de dormir con hambre cuando no quedaban sobrados en Pollos Mario, ni en los restaurantes aleñaños. Era tanto el amor que le teníamos a los sobrados. Allí nos daban lo que llamábamos chute: todo revuelto, pero era una delicia. Después de un durísimo día de trabajo en la venta de chicles y de confites, en un semáforo, a escasos cuatro años de edad, soportando el morbo, la malicia, y la imprudencia de quienes han tenido, y nunca, gracias a su ingenio, les ha hecho falta nada.

No hay que pasar por alto que el trabajo era nuestra prioridad, el cual nos proveía la alimentación y un sitio estable, no adecuado pero si estable para dormir, cuando conseguíamos para pagarlo. Era demasiado duro en las mañanas saber que un café sería el desayuno, almuerzo y comida sino conseguíamos para más, pero a simple vista éramos felices.

Pero como los tiempos cambian y los corazones también, de la misma forma esperamos que nuestra situación cambiara, pero no fue así. La muerte de muchos niños indigentes, como casi lo éramos nosotros, se observaban en las aceras, en las alcantarillas y en las sillas del parque de El Poblado, nuestra casa. Era duro ver cómo, por el simple hecho de ser indigentes, los dueños de la sociedad creían tener derecho a maltratarnos y, algunas veces, de echarnos pegante.

5. Dar golpes con la parte en donde se forman los nudillos, al doblar los dedos, contra la cabeza (N. del E.)

A un niño, incluso, llegaron a prenderle un fósforo sobre el pegante y así acabaron con la vida de un ser humano, un niño que ni la misma vida le dio oportunidad de descubrirse, ni de descubrir que el mundo es mucho más que sufrimiento, miedo y hambre.

Después de mucho tiempo —agradeciendo a las personas de buen corazón, que gracias a la vida existen—, por fin tuvimos una casita linda, aunque era solo una sala con dos ventanas y con una hermosa vista a la quebrada, en la cual nos bañamos muchas veces. La sentíamos muy acogedora, estuvimos como una familia unida, esto gracias a doña Claudia Echavarría, dueña de una parte de Vestimundo S.A.

Una noche mientras dormíamos en la acera de uno de los bancos de El Poblado, se acercó un hermoso carro y de allí se bajó nuestro Ángel de la Guarda. Era ella una hermosa joven que no tenía nada qué ver con unos pobres y arrastrados como lo éramos nosotros. Se nos acercó y le pidió a mi mamá que nos fuéramos de allí porque estábamos muy pequeños para estar en las calles. Mi mamá le contó la historia y le dijo que no había conseguido para pagar la pieza. Ella sacó de su bolsillo mucha plata y se la dio a mi mamá para que nos fuéramos a comer y a dormir. La verdad éste era el segundo milagro que me ocurría en la vida, después de haberme salvado del accidente.

Al ver esto, no nos importó nada y todos nos levantamos y la abrazamos, le agradecemos tanto que creo que se fue con el cuerpo adolorido y, claro, nosotros con el corazón más que lleno, sentíamos que se nos iba a salir del pecho, éramos los niños más felices del mundo porque teníamos comida y un lugar donde dormir.

Al otro día cuando nos levantamos para ir a trabajar, nos dio mucha alegría cuando mi mamá nos dijo que no saldríamos ese día porque ya teníamos comida y ella había pagado la pieza, ¡que felicidad!

Desgraciadamente, y por causas de la naturaleza, mientras trabajábamos en El Poblado, nuestra casa, que estaba en un lugar de alto riesgo en el barrio La Iguaná, se la llevó la quebrada, que se desbordó por el tremendo aguacero que cayó. Cuando llegamos al barrio no se nos permitía pasar, los agentes de la Defensa Civil estaban en las calles,

las cuales estaban acordonadas y en el centro de ellas sólo se veían los cadáveres de algunos vecinos, que por no dejar que sus pertenencias se perdieran, se lanzaron a la quebrada y perdieron más que sus televisores, grabadoras y fogones.

Nos sentíamos agotados, defraudados, no sé, tantos sentimientos se juntaron al ver que todo se perdía en un abrir y cerrar de ojos, el agua se llevó nuestra casa por completo con todas nuestras pertenencias, con todo el amor que en ella depositamos, esto fue un dolor aterrador por el cual se empezó a desintegrar mi familia.

Algunos fuimos a internados, otros continuaron trabajando en la calle, y como no siempre las cosas salen como una quiere, el 18 de julio de 1996, mi hermano Héctor fue asesinado por integrantes de las Convivir en Medellín. Después de ser baleado en el centro, en el parque de Villa Nueva, fue llevado al hospital San Vicente de Paúl, donde murió por descuido de las enfermeras, porque mi hermano ingresó vivo, pero allí no lo atendieron bien. Como él le tenía tanto miedo a la sangre se cayó de la camilla, en ese momento le prestaron atención y le colocaron una sonda, la cual se le enterró cuando se volvió a caer de la camilla, por el desespero y el dolor.

Al entrar en el internado las cosas se tornaron demasiado mal, trabajábamos mucho. A las grandes, en ese entonces yo tenía ocho años, nos hacían levantar muy temprano, en la madrugada, exactamente a las 3:30 a.m. para bañarnos, con el frío infernal que todas las madrugadas allí había; nos tocaba estar listas a las 4:00 a.m. para poder bañar a las niñas más pequeñas, luego organizar el dormitorio, después bajar las niñas a desayunar y luego garantizar que el comedor quedara limpio, y eso que era extremadamente largo y ancho; ya a las 6:45 a.m., que entrábamos a la escuela, estábamos como para volvernos a acostar, era demasiado agotador porque después de clases era igual, las monjitas golpeaban a las que rompieran sus reglas.

Era normal que todas fingiéramos estar de acuerdo, porque era lo único que podíamos hacer si no queríamos volver a las calles y a los hogares desintegrados que teníamos, las que teníamos hogar. Si es que

a eso se le podía llamar hogar: allí donde te obligan a dormir con alguien para pagarle amor ajeno. Mi padrastro estaba con mi mamá, no por ella sino por sus hijas. El primer padrastro que tuvimos abusó de mil formas: con castigos físicos, mentales y sexuales. El segundo era aterrador, era un asesino literalmente; este desgraciado abusó y embarazó a mi hermana de trece años, la cual tiene ahora diecisiete años, y ahora es trabajadora sexual, al lado de mi hermana mayor, Beatriz. Las dos trabajan en el sector de La Raya de Medellín. Allí pasan la mayoría del tiempo para lograr un sostenimiento para ellas y para sus hijos. Lo más deplorable es que ni las autoridades, ni la justicia divina ayudaron a dar solución a este caso.

En 1999, después de estar tanto tiempo en el internado y sin terminar aún mis estudios, mi mamá me sacó para que cuidara a mis hermanos menores, ahora la pregunta era ¿cómo continuar estudiando si vivía demasiado lejos? ¿de dónde saldrían los pasajes para viajar de San Antonio de Prado, al sur, hasta Santo Domingo Savio que queda al norte?, eran cuatro pasajes diarios. Después de mucho analizarlo no encontraba salida, porque la verdad es que lo que yo más anhelaba en el momento era terminar mis estudios, porque tenía muchas ansias de salir adelante. Pero en definitiva me puse a trabajar en los supuestos ratos libres que tenía en la casa de doña Consuelo, una vecina, la cual me pagaba dos mil pesos por todo lo que yo hacía en su casa, con este dinero compraba confites para poderle vender a mis compañeras, porque a mi mamá no le alcanzaba la plata para darnos comida y pasajes. Era muy duro pues tenía que aguantar mucha hambre: para poder ir a estudiar salía a las cuatro y media de la mañana, sin desayunar, y volvía a las tres y media de la tarde, en las mismas y con una agonía incontrolable, y eso que no llegaba a comer sino a hacer de comer para mí y para mis hermanos. Tenía que hacer oficios, arreglar casa, cocinar, terminaba casi a las seis y media de la noche para ponerme a hacer tareas, ¡era de verdad muy agotador!

En el año 2002 por fin terminé mi tan anhelado bachillerato. Nunca imaginé que mi vida seguiría el mismo sendero pero con más inten-

sidad, porque, bien saben, la codicia, la malicia y el morbo no tienen límite de edad, estatus social, ni color de piel. Después de ver la situación tan mal aquí en Medellín mi hermana Beatriz y yo decidimos irnos mochiliando para Bogotá. Sólo contábamos con 40 mil pesos para podernos ir, nos tocó rogarle a muchos para que nos llevaran, nos tocó oír muchas cochinadas, palabras muy feas. Paramos en muchos pueblos, una de estas regiones fue el Magdalena Medio, donde el calor y el hambre nos tocaron en lo más profundo, porque estábamos ilíquidas, sin plata, sin comida, ni ganas de continuar.

Cuando llegamos a Bogotá nos recibió un amigo que mi hermana había conocido en Medellín. La verdad es que yo iba con el anhelo de conseguir un mejor futuro laboral, pero de nuevo la vida se ensañó contra nosotras allí. De verdad sentí lo que es la discriminación: nos echaron del lugar donde vivíamos; en el trabajo que teníamos, lavando cabinas, nos pagaban demasiado mal y a mi hermana le tocaba acostarse con nuestro jefe para que nos pudiera dar algo, de lo que con mucho esfuerzo nos ganábamos; después de que nos echaron del lugar, sin permitirnos sacar nada, rodamos en bares y cocinas, y terminamos en Corabastos. Ahí sí fue muy difícil, porque se reunían todos los camioneros del país; entre ellos había uno que le decía, Carro Loco, que siempre quiso abusar de nosotras, pero una de las señoras que estaba con nosotras reaccionó y le tiró con un tenedor y se lo enterró en la mejilla. Fue desastroso porque todos sus compinches salieron detrás de nosotras para lincharnos. Nos tocó devolvernos, ¿quién dijo devolvernos?, volarnos para Medellín, porque nos iban a matar. Volvimos para empezar de nuevo, pero con el rencor y la frustración por no haber conseguido lo anhelado y por saber que el sólo hecho de no tener las características de una mujer bella y exuberante, y con pocos conocimientos de la vida, se nos privó de tener un lugar en la sociedad.

Mucho antes mi mamá trabajaba en Vestimundo, allí fue recomendada por una gran persona quien se convertiría en nuestro Ángel de la Guarda, doña Claudia. Después de mucha lucha y mucho corre corre, logré entrar a Vestimundo, una de las empresas que más admiraba por

la calidad humana que mostraban, por sus productos y porque mi mamá trabajaba allí. Las cosas al principio eran muy buenas, todos eran muy amables hasta que me cambiaron de sección para empaque especial. Éste no fue sólo el cambio que presenté, pues tenía dos meses de embarazo, estaba súper feliz, aunque los temores sobre lo que iba decir mi mamá me agobiaban. Tuve muchos pensamientos malos, lo admito, pero al final lo acepté, y ahora ya mi hija tiene dos años. Durante mi embarazo me encontré con una supervisora con una calidad humana desastrosa, como si ella nunca hubiese sido pobre.

Todas mis energías estaban puestas en lo que hacía, empezaron los continuos cambios de turno, los maltratos verbales cuando tenía algún inconveniente, los reproches de esta señora Olga Sierra eran porque no sacábamos el 200%, pienso que es bueno que nos exijan, pero por favor, no nos maltraten porque este es nuestro sostenimiento, lo que le molestaba era que si no teníamos un alto nivel, ella bajaría en la escala de calificaciones por sesiones, en cambio si subíamos ella subiría su nivel ante sus jefes y superiores.

Era demasiado desagradable sentir esa sensación de rechazo, sobre todo cuando salíamos a descansar, sin aún lograr la meta, las frases de esta señora Olga Sierra eran: no merecen ni agua, es que no hacen nada, no sé por qué no se quedan en la casa haciendo pereza. Nosotros para Olga éramos unos zánganos, en muchas ocasiones esto hacía que nos sintiéramos inservibles, el valor como persona no valía, lástima que allí sigan algunas dejándose maltratar de esta y otras supervisoras. Pero hay que rescatar que la calidad humana de mucha de las demás personas que allí trabajan es excelente, son súper comprensibles, son grandes personas a las cuales se les debería hacer un reconocimiento, la verdad yo lo haría ¿por qué no?

Es verdad, no luché por mis derechos y no di la pelea, y muchos pensarán que me dejé derribar por alguien, sin las más mínimas reglas de recursos humanos, pero eso hubiera sido una lucha sin sentido, porque las supervisoras tienen mucho apoyo por los coordinadores, una siempre sale perdiendo por mucho que luche. Después de cuatro años

de estar trabajando y de estar con muchos problemas, porque mi niña nació muy enferma, me retiré y empecé a asistir a un grupo de mujeres que trabajan con niñas, jóvenes y adultas.

El trabajo con las niñas es muy gratificante por las experiencias con que te topas, es muy lindo el trabajo, se desarrolla, más que todo, cada quince días. Ahora estoy trabajando por sacar adelante un proyecto que ellas venían adelantando de una panadería a base de proteína vegetal, porque muy pocas quieren seguir trabajando, no sé por qué, pero se sienten agotadas y algunas creen que los fracasos de las demás son límites para ellas. Muchas estamos muy golpeadas por la sociedad pero seguimos luchando por nosotras y por nuestras familias.

Ahora estoy en Crisálidas, que es el grupo de mujeres jóvenes, después de mucho tiempo sé que en la vida no todo es malo, la vida te da cosas buenas y malas, y así como algún día pensé estar mal, hoy estoy muy bien, con grandes expectativas para seguir adelante. He pensado que los verdaderos golpes son los que te enseñan y de los cuales sacas las mejores experiencias. Por esto y por muchas cosas más, agradezco haber conocido a todas y todos los integrantes de Combos y de la Escuela Nacional Sindical, porque sacando toda la rabia que alguien alguna vez nos causó, de una u otra forma, podemos sanar un poco el dolor que por mucho tiempo nos ha carcomido la conciencia y que nos ha hecho pensar en una venganza contra cualquier persona que nos hubiera herido. Pero ya eso en mi corazón no existe.

Historia de una mujer que le ha tocado enfrentar la vida sola

María Lucía Cardona

En 1993 vivía en una vereda llamada La Miranda, con mis padres y mis hermanos. Éramos una familia muy unida y trabajadora. Mis padres siempre decían que uno se ganaba la vida con el sudor de su frente, y así he crecido.

A los diez hermanos mis padres siempre les quisieron dar estudio pero a ninguno le gustó, en cambio yo siempre he querido estudiar, ser luchadora y emprendedora. Tenía veintitrés años y estaba en octavo cuando conocí un hombre del que me enamoré muchísimo, tanto que dejé mis estudios y me fui a vivir con él.

A mi padre le dio muy duro que yo hiciera eso, al punto que me dijo que de ahí en adelante dejaría de ser su hija y que hiciera con mi vida lo que quisiera. Toda mi familia me hizo a un lado, menos mi mamá. Ella sufría mucho por mí y cuando podía me llamaba o se escapaba a verme.

Al poco tiempo quedé embarazada y tuvimos un hermoso niño llamado Alejandro. Como no teníamos dinero, decidimos irnos a trabajar de mayordomos a una finca en una vereda. El trabajo era muy pesado, me tocaba levantarme a la una de la mañana para despachar comida a veinticuatro trabajadores, todos los días. Después me tocaba irme con el niño en la espalda a llevar las vacas al potrero, contar el ganado y, si

faltaba alguna vaca, salir a buscarla hasta que la encontrara para poderme ir a la casa a seguir con el trabajo.

Cuando regresaba, cargaba el niño en la cama y tomaba un algo ligerito, seguía con los oficios caseros y después volvía a cargar el niño en la espalda y me iba a lavar dos bultos de ropa a la quebrada porque en la casa no había dónde lavar, y esa caminata me tomaba veinte minutos. Yo lavaba lo más rápido que podía para alcanzar a llegar a hacer la comida porque volvían a llegar los veinticuatro trabajadores, todos hambrientos a comer e irse para sus casas. Yo me sentía muy cansada porque el trabajo era muy duro, pero no decía nada para poder conservar el puesto, nunca perdía las esperanzas de salir adelante.

Cuando estábamos en esa finca se vivía tranquilo, a pesar de que el trabajo era muy pesado. Pero al poco tiempo se empezaron a ver cosas muy extrañas, como ver pasar personas encapuchadas que entraban a la casa y uno sin decir nada tenía que darles de comer o si no lo mataban.

Un día llegaron dos tipos a la casa, le dijeron al papá de mi hijo que uno de los trabajadores se había accidentado y que necesitaban que él fuera en la moto y lo recogiera para llevarlo al pueblo y que llevara el revolver por si alguna cosa.

En ese momento ni él ni yo sospechamos nada. De inmediato cogió los papeles y salió con ellos en la moto. Era un viernes, iban siendo las cuatro de la tarde cuando sonaron cuatro tiros seguidos, en ese momento yo me asusté y dije “Dios mío, ¿qué pasaría?”

Al poco rato vino un muchacho a avisar que a mi compañero lo habían matado, en ese instante sentí que se robaban un pedazo de mi alma que aún no he podido recuperar, es algo que no le deseo a nadie. Cuando lo mataron también le robaron la moto, el revólver y los papeles; nunca los pudimos recuperar. No querían dejar levantar al muerto y tocó negociar teniendo de por medio a la Cruz Roja y otras entidades.

El entierro fue en Vegachí. Cuando regresé a la casa en donde vivíamos, encontré por debajo de la puerta una nota que decía que me daban tres días para desocupar la vereda. Inmediatamente cogí al niño y me fui, el miedo era tan grande que no cogí nada de mi casa y lo dejé todo.

Iba por la carretera cuando pasó una escalera a la que le pedí que me llevara gratis porque no tenía dinero, el conductor me dijo que sí, así llegué a San Carlos. Yo sólo pensaba que no teníamos a dónde llegar mi hijo y yo; no conocíamos a nadie y lo único que se me ocurrió fue irme para Telecom, a ver si alguien me regalaba una moneda y podía llamar a una vecina que conocía y estaba en Medellín. Allí permanecí dos horas y nadie me dio nada, hasta que un señor me preguntó que qué hacía; le dije que estaba esperando que alguien me regalara dinero para poder llamar, entonces sacó dos mil pesos y me los dio, fue así como llamé a mi conocida.

Le pedí a la señora que saliera a recogerme a la terminal porque yo no conocía nada, la señora me dijo que no tenía plata, yo le respondí que no conocía a nadie, que así fuera caminando llegara allá. La llamada me costó mil y conseguir el otro pasaje era todo un problema. Me fui para el bus y le dije al conductor que me llevara a Medellín por mil pesos, el señor aceptó. Cuando llegué, la señora me estaba esperando y nos fuimos caminando hasta Santa Cruz porque ninguna de las dos tenía para pagar un taxi.

Estando en Medellín, no tenía ni idea de qué iba a hacer. Empecé a caminar de puerta en puerta ofreciendo mis servicios hasta que en una casa de familia me recibieron. Aunque el trabajo era demasiado y el pago muy poco, no me quedaba otro remedio que aceptarlo, porque no tenía dónde vivir con el niño y allí me aceptaban con él. En esa casa eran cinco adultos y cuatro niños, con nosotros serían once personas para atender. La casa era muy grande y yo hacía los oficios sola.

Comencé a sentirme mal y pensaba que era por el trabajo, me tocó consultar un médico y éste me dijo que estaba embarazada. Todo se me complicó porque no sabía qué iba a hacer, tenía tres meses aproximadamente y no podía decir nada porque me botaban del trabajo. Como casi no comía, mi embarazo no se notaba, pero un día me empezaron los dolores y así me levanté e hice todo el oficio antes de que la señora se levantara. Por último lavé la ropa y también hice buñuelos para el desayuno, así con los dolores de parto.

La señora me encontró llorando por los dolores de parto y me preguntó qué me pasaba, y en ese momento le conté la verdad. Ella se asustó, pensó que le mentía y le dije que me daba igual si me creía o no, que recogería mis cosas y me iría. Ella me requisó el bolso para ver si me llevaba algo, pero sólo encontró tres vestiditos del niño y los únicos dos que yo tenía.

Hasta el momento no me había pagado el primer mes, de cuatro que llevaba trabajando allí, me había dicho que mi mensualidad sería de cincuenta mil pesos. Yo no la cobraba pues la necesitaba para el parto, junta serían trescientos mil pesos. Le dije que me pagara lo que me debía, que necesitaba la plata para irme al hospital y tener el niño. La señora llamó a su madre y esta le dijo que fuera al Consumo de la América y que me comprara unos vestidos de bebé. Así lo hizo, compró lo que quiso a su gusto y sin consultarme me entregó la bolsa y se despidió dejándome sólo cincuenta mil pesos. Sin perder tiempo cogí un taxi, me fui a dejar a mi hijo donde una amiga y me fui solita para el hospital, donde tuve a Adriancito.

Afortunadamente he salido adelante con mis cuatro hijos y tres los tengo estudiando. Doy gracias por ser una mujer luchadora que cada día lo hace con más fuerzas y entusiasmo. Cuando amanece siento alegría de vivir para sacar adelante a mis niños, volverlos emprendedores y luchadores como su mamá. Hoy por hoy, salgo adelante con ellos con todo mi empeño.

Este es tan sólo una pequeña parte de mi historia, de cómo me ha tocado luchar y sufrir, haciendo el papel de padre y madre a la vez. Esta tarea es dura, ahí se las dejo para que lo piensen.

La voz de María Esperanza

Liliana Serna

Cuando era niña solía acostarme en el césped a pensar en que no éramos iguales a los otros. A ellos no les había tocado vivir nuestra vida, tienen sus grandes casas de cemento, pintadas de hermosos colores, con muchas habitaciones y lujos desmedidos; mientras yo vivía con mis tíos, cinco primos pequeños y mi mamá, los fines de semana en un rancho diminuto, hecho de recortes de tablas, tejas rotas de zinc, piso de tierra que a todo se le iba pegando y por más que uno se cuidara, se le volvía la piel amarilla como ella.

¿Serían los otros felices en sus palacios de arena? ¿Podría todo su dinero comprar la felicidad? ¿No sentirían frío duchándose en sus bonitos baños de cerámica del tamaño de mi casa?. Como nosotros, mientras nos procurábamos de desteñir la mugre a punta de cocadas de agua sin tratar y jabón de lavar ropa.

¿Serían felices cuando, sin salir de sus casas, se subían en sus carros último modelo para ir a donde quisieran? Pues nosotros teníamos que bajar no menos de un kilómetro, por caminos de tierra, en medio de un aguacero o a pleno sol, para coger un carro destartado al que le traquean hasta las latas, en el que nos metíamos apiñados compartiendo olores a pobreza, en busca del rebusque.

Nosotros, los desterrados, no sabíamos lo que era ir a ver una película a un cine, ni conocíamos las famosas discotecas de La 70 y La 80, y creíamos fielmente que las universidades eran un derroche del dinero que no teníamos, a la cual sólo podían ir los mimados riquitos, hijos de papi y mami, que tenían tanto dinero como para malgastarlo en ese tipo de cosas.

Yo, con más tristeza que rabia, aprovechaba cuando al fin a mi mamá le quedaba tiempo libre de su vida de esclava doméstica para preguntarle estas cosas. Ella me abrazaba y me decía que no todo era tan malo, que mirara más y vería que no tan lejos de allí había una escuela a la que asistían casi a diario niñas y niños de todas las edades, colores y actitudes. Tal vez algunos lograrían quitarse el pantano que les impedía avanzar, quizá su inocencia, sonrisas y sueños les diesen suficientes fuerzas para que el hambre no les limitara volar, y así sus alas se fortalecieran, les sostuvieran, permitiéndoles transformar este lugar tan cercano al cielo, pero tan parecido al infierno. ¿Tal vez tú seas una de esas niñas?

Tal vez, esas palabras siguen retumbando en mi mente, sólo que ahora ya no tengo tiempo para tumbarme en el césped, por eso pienso en todo esto cuando tengo la fortuna de conseguir una silla en el bus, y pienso en que muchos ya no sueñan, a punta de golpes, de ser desplazados por la violencia, la pobreza, la falta de oportunidades. Han venido a parar en este morro, en donde entendieron que el mundo no es para ellos, que ser pobres es el peor pecado original existente del cual no hay redención posible. Por lo tanto sólo queda trabajar en lo que se aparezca: vendiendo confites en los buses, o frutas y legumbres en las calles, rebuscando esperanzas en los bolsos de los transeúntes despistados, ofreciendo el cuerpo al primer borracho que acceda a pagar cinco mil pesos por algunos minutos de sexo, en el que se gana para la comida de un día y se pierde la autoestima por un mes.

Algunas somos lo que podría decirse afortunadas, trabajamos en casas de familia donde somos encerradas toda la semana, sin seguro social ni pago de horas extras, tratadas como esclavas, con el miedo de ser echadas por cualquier excusa, pues en este “valle de eterna primavera”, habitan muchas muertas de hambre que trabajarían por menos.

Por todas estas razones he tenido que aceptar la herencia de mi madre, esclava del opresor que se aprovecha de las mujeres pobres (en dinero, más no en espíritu) y decide que es suficiente pagarme \$150.000 mensuales por encargarme de una casa gigante, más asear otras dos de su propiedad. Este sueldo debo recibirlo como el gran premio y a la oportunidad de servirle, como ganarme la lotería, la que compré cuando gracias al destino o no sé a qué, nací en esta ciudad de pobres, donde los hijos vienen con el pan bajo el brazo, sólo que en nuestra familia, el que nos creó no sabía nada del famoso refrán o de ya haber creado tantos se le había acabado la harina, porque debajo del brazo de nuestros hijos no hay ningún pan, solo costillas queriéndose salir de la delgada piel.

No sé si por mi patrón o porque su esposa es buena gente, después de mucho negociarlo me han permitido estudiar, terminar mi bachillerato en la nocturna, el cual dejé en pausa cuando a los dieciséis años me enamoré de un muchacho de mi misma edad. Y como en mi estrato socio-económico el apellido del amor es embarazo, tuve que abandonar el colegio público religioso, e irme con mi amado a vivir de arrimados donde una tía. Mi mamá nos colaboraba, pero ya todas sabemos para lo que alcanza el sueldo de una empleada doméstica y más si ésta no es joven. Desde muy niña me encantaba leer y en mi embarazo, con las aventuras que le leía a mi hija, lograba minimizar los gemidos que cantaba mi estómago hambriento, me llevaban a otras vidas, unas que tuvieran la clase de belleza que no poseía la mía.

Poco tiempo convivimos mi compañero y yo. El volvió a su casa y yo seguí de arrimada con mi hija, buscando empleo. Pero al no encontrarlo y con el reto de seguir estudiando, una señora me ofreció darme los pasajes para seguir estudiando y a cambio tenía que lavar desproporcionadas cantidades de ropa y cuando iba a estudiar no tenía ni para comer un dulce. Así, lo que aprendía me entraba y al rato se esfumaba casi todo. Y ya faltando una semana para terminar el año escolar, me resultó este empleo y con él, la oportunidad de pagar la matrícula.

En todo el tiempo que llevo trabajando aquí, he tenido que estar huyendo de mi patrón. Él cree que aún estamos en el siglo antepasado y

por ello parte de mis obligaciones son atenderle las necesidades que su esposa no le cumple. Más de una vez lo he pescado espíandome cuando me baño, anda detrás de mí como un postre que camina, me interroga sobre mi vida sexual y casi forzándome a ver pornografía con él, me obliga a ser su pareja de los bailes que improvisa en el comedor, para luego arrastrarme a mi cuarto, es en esos momentos cuando más recuerdo a mi pequeñita y al barrio en donde la dejé con mi madre, en donde ni el clima es bondadoso. El verano es tan sofocante en nuestros ranchos que parecen latas de sardinas, nos insolamos a falta de agua, pues sólo llega un par de horas en la noche. En invierno es peor, el pantano se nos aferra a los zapatos y zas al piso vamos a dar. La lluvia nos empapa si intentamos salir, ni en nuestro rancho estamos a salvo porque el agua se filtra en forma de muchas goteritas y sin la menor consideración mojan todo, y uno tiene que correr con cocas y ollas intentando atraparlas todas, evitando que se convierta en un pantanero el piso de nuestro hogar.

Un miedo comienza a rondar la mente para irse convirtiendo en pánico. A medida que uno va pensando que tal vez hoy, en medio de la noche, durante un profundo sueño, nuestra casa sea la próxima en caerle un barranco de lodo y piedras, y nos atrape, llevándose la vida de los más pequeños, pero lo deje a uno vivo, sin tiempo para llorar, viviendo, o mejor dicho, muriendo en esta pobreza, en este asentamiento olvidado del gobierno y, al parecer, hasta de Dios.

Sí, pienso en ella. Pero también pienso en mí, y aunque ya ni tiempo para leer tengo y los libros se han convertido en un manjar imposible de saborear, recuerdo las palabras y razonamientos que aprendí de ellos y no me callo, levanto la voz o encuentro una excusa que lo asuste y haga al lobo burgués retroceder, y esperar una mejor ocasión de ataque, que espero sea después de que haya terminado de estudiar.

Ya tengo una mejor oportunidad de trabajo en un centro comercial, que no es la maravilla, pero no estaré encerrada y podré abrazar a mi niña, tesoro de todas las noches. No me quedaré estancada y, pase lo que pase, seguiré luchando sin permitirle a ningún engrandecido zorro aprovecharse de mis bolsillos vacíos.



Textos seleccionados

La sorda, Petronila

Ana Débora Castañeda

La mañana estaba soleada, el día mostraba un buen ambiente para ir a la quebrada a “miniar”. La joven Petronila se recogió el cabello, miró el horizonte y comenzó a preparar sus cosas para salir a trabajar.

Petronila quedó sorda a los quince años, después de asistir a una misa. La lluvia caía copiosamente. Los rayos aturdían los oídos de los feligreses que estaban escuchando los oficios religiosos. La mayoría campesinos y campesinas que tenían que hacer largos recorridos para asistir a la iglesia. Cuando la joven salió a la calle después de la misa, sintió un dolor inmenso en los oídos y desde ese momento no volvió a escuchar nada.

Los remedios que le hacían para aliviar su sordera eran caseros y de nada sirvieron. Para ella fue muy traumatizante no volver a escuchar el sonido de los pájaros, las personas y sobre todo, el sonido de la quebrada, su compañera inseparable.

La vida de Petronila transcurría entre la pequeña casa de paredes de barro y techo de paja, su trabajo de minería y su labor de partera cuando las circunstancias lo ameritaban, pues era muy reconocida en este oficio por las familias de la comunidad. Todos los días la joven se iba con un grupo de amigos y amigas a su trabajo de minera, muy temprano en la mañana.

Sin embargo, la vida de Petronila cambió desde el día en que quedó sorda. Desde entonces, fue objeto de burlas por las personas que transitaban por el camino y que la consideraban como una mujer extraña e incapaz.

El pueblo más cercano quedaba a dos horas de camino. Petronila muchas veces no tenía el oro suficiente como para salir a cambiarlo, entonces, lo que necesitaba lo encargaba con algún vecino que se ofrecía para hacerle el favor. Le traían alimentos y algunas medicinas para el botiquín de primeros auxilios, pues su oficio de partera lo ameritaba. Cuando salía al pueblo a “cambiar”, a hacer la venta del oro, lo pesaban y le pagaban lo que diera la balanza, pero a veces la engañaban con el cambio y ella no se daba cuenta.

En San Lorenzo, vereda donde vivía Petronila, la vida tenía pocos altibajos. Las personas se preparaban todo el año para la fiesta que unía más a los vecinos de la región: el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, “La Patrona”. Estas festividades eran muy esperadas por sus juegos pirotécnicos, la comida que se preparaba y los estrenes de las personas. Todo lo arreglaba la comunidad, unida y motivada.

La situación económica de Petronila no andaba muy bien por esos días. El oro estaba escaso y lo único que resultaba para hacer era asistir a las mujeres que estaban de parto, parecía que todas se hubieran puesto de acuerdo.

No era muy rentable asistir partos, las mujeres que atendía eran tan pobres como ella y casi siempre le pagaban en especie: con gallinas, panela, yucas y demás cultivos de la región. No era malo, pues la comida nunca sobra, pero ella tenía la ilusión de estrenarse un vestido para la fiesta de La Patrona, que ya tenía visualizado, lo tenía entre ceja y ceja, se lo imaginaba ajustado a su cintura y de color lila, su color preferido. Además, tampoco tenía zapatos, andaba con los únicos que la acompañaban y ya estaban rotos.

Petronila nunca perdió la esperanza ni se desmotivó de su trabajo de minera, pues era lo único que sabía hacer y que le generara algo de dinero para su sustento. Su batea estaba demasiado vieja y gastada, casi

parecía que se fuera a romper, pero ahora no tenía como conseguir una nueva y no se podía dar el lujo de preocuparse por eso, había cosas más importantes.

Un día, en una salida a miniar, la mañana había amanecido fría, la tierra estaba resbalosa y la quebrada estaba crecida, entonces, la joven se preocupó, ahora le sería más difícil conseguir algo de oro.

Esperó que la quebrada bajara su cauce. Existía una comunicación directa entre la imponente quebrada y Petronila, que sólo las dos conocían; su falla auditiva no era limitante para que la madre naturaleza la acogiera en su intimidad, no le hacía falta escuchar el sonido, ya lo sabía de memoria; pero la muchacha se distrajo, rodó y cayó a la quebrada. La corriente estaba muy fuerte, no tenía de donde sostenerse y se daba tumbos contra las piedras mientras se encomendaba a la Virgen del Carmen, hasta que chocó contra un árbol al que se aferró con todas sus fuerzas y le permitió salir de la corriente. Sus ropas quedaron rasgadas y sus piernas enrojecidas y muy raspadas, al igual que sus manos.

Sus compañeros de minería aún no habían llegado por lo que se sintió sola, desprotegida y las lágrimas se le derramaron sin mucho esfuerzo. Miró los raspones que le aparecieron por todo el cuerpo, todo le dolía y la cabeza la sentía abombada, tenía deseos de dormir. Por un instante su cuerpo se olvidó del mundo, no supo cuánto tiempo pasó y cuando volvió en sí, trató de recordar lo sucedido, pero el dolor de cabeza no la dejó y decidió irse a descansar a su humilde vivienda.

Al día siguiente el cuerpo de Petronila estaba adolorido como si le hubiera pasado un camión por encima. Se incorporó en la cama y miró el techo de paja sin que su pensamiento estuviera en ese lugar, estaba en la quebrada, imaginando tantas cosas que le pudieron haber pasado, pero optó por tratar de olvidar el incidente y volver a tomar confianza en su trabajo.

Petronila era muy buena en el oficio de miniar. Su experiencia la demostraba cuando la pinta, el grano de oro, aparecía en la batea y sus ojos se iluminaban de alegría. Al día siguiente de la caída, en el inicio de su jornada, lo primero que vio, cuando echó la batea al agua, fue un

pedacito de oro que resplandecía en medio de la jagua, la arena de color plateado que recoge la batea. Sus ojos le brillaron de alegría, sacó un trapito que mantenía siempre en el bolsillo de la falda y en él envolvió el grano de oro como si fuera un niño recién nacido, lo guardó con mucho cuidado.

La muchacha miró al cielo y dio gracias al Todopoderoso. Decidió no seguir trabajando más por ese día, cogió su batea, se la montó al hombro y empezó a subir la pendiente, su corazón daba saltos de alegría cuando recordaba lo bien que le había ido ese día.

Petronila ya tenía con qué comprarse su vestido y los zapatos que tanta falta le hacían. Llegó el día tan esperado, el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara y todo estaba listo, los juegos pirotécnicos, la comida, la música y los invitados e invitadas con sus mejores galas.

La joven hizo su sueño realidad. El vestido que mandó a coser le quedó a la medida; aunque los zapatos no los sentía tan cómodos, pues sus pies habían perdido la costumbre de estar apretados. Petronila dio vueltas por toda la vivienda tratando de domar el calzado, pero el piso de tierra no le ayudaba mucho. Así salió a la fiesta. De todas maneras ella no se iba a quedar toda la noche; se retiraría temprano pues tenía que madrugar al otro día a trabajar.

Las personas que llevaban mucho tiempo de no ver a la joven se admiraron de notarla tan esbelta y buena moza. La muchacha comenzó a percibir una sensación extraña en su cuerpo: cuando empezó a sonar la música la vibración la sentía en sus pies, mientras los oídos permanecían en el más mullido silencio. Petronila bailó como nunca, la gente se asombraba de ver que no le hacía falta escuchar la música para seguir el ritmo.

La vida continuó su rutina, y La Sorda, como la llamaban las personas que la conocían, pues su nombre desapareció del recuerdo de la gente, tuvo su primer hijo, Emiliano, producto de una relación fortuita. La joven se volvió madre soltera y además con un hijo ilegítimo, sin apellido, natural, como se les llamaba en la época. Cuando el niño estaba grandecito, Petronila se lo llevaba a la quebrada para que la acom-

pañara pues no quería que su hijo fuera un estorbo para los demás, en especial para su hermana que ya bastante tenía con los de ella.

Petronila entró a trabajar en la casa de una familia muy reconocida de la vereda, eran los anfitriones de las fiestas patronales. La Sorda estaba distraída haciendo el aseo cuando sintió que la cogieron por la espalda, le taparon la boca y la tiraron contra unos bultos de café que tenía almacenados en aquella casa. Su incapacidad auditiva no le permitió escuchar los pasos del violador y por eso no se pudo defender a tiempo, además, se dio cuenta de que era su patrón y eso la intimidó más y sintió mucho miedo.

Este hombre nunca reconoció su falta y todo quedó oculto. Petronila nunca habló de lo que le había pasado, se sentía culpable, poca cosa y se resignó a su situación. Ya eran dos los hijos que tendría que mantener, su estado de pobreza aumentaba y el trabajo de minería cada vez era más escaso.

Cuando nació esta hija, la gente empezó a buscarle semejanzas con algunos vecinos. Sin embargo, era tan bonita que no le encontraron parecido con nadie. Todo quedó como un chisme de pueblo. Petronila guardó su secreto toda la vida, tanto que Celina, la hija, se dio cuenta de que ese señor era su papá por los comentarios de las personas cuando ya era adulta.

El tiempo fue pasando, la pobreza aumentando y Petronila trataba de arañar lo que podía en la minería pero sus fuerzas también se iban agotando. La mala alimentación le estaba causando estragos en el estómago y ya no aguantaba los dolores que acostumbraba calmar tomando agua caliente. Petronila se vio muy enferma, así que su hermana Ramona, con la que vivía, la ayudaba con el cuidado de los niños.

Como pudo, sacó fuerzas y se fue a asistir un parto a una finca muy lejos de su casa. Para que no caminara sola, mandaron un peón a que la acompañara. Este hombre sabía que era una mujer vulnerable y comenzó a planear una mala jugada. Mientras la joven caminaba agitadamente por su estado de debilidad, el hombre estaba concentrado en su plan. Trató de conquistarla y de hacerle creer que estaba interesado en ella;

pero como no tenía forma de comunicarlo con palabras, la tocaba con sus manos ásperas, le picaba los ojos y le tiraba besos.

Petronila estuvo en esta casa los cuarenta días que duraba la dieta de las mujeres que daban a luz. El peón que la estaba seduciendo no perdía la oportunidad para buscarla, sobre todo cuando estaba sola. Un día la familia se ausentó de la casa dejando a Petronila cuidando el bebé, el hombre aprovechó la ocasión para cumplir su cometido y de esta relación nació Alfonso.

El embarazo de Petronila iba en aumento, su dificultad para trabajar en la quebrada cada día aumentaba, se sentía sin fuerzas pero no podía desfallecer y sobre todo en estos momentos que estaba a punto de dar a luz.

La Sorda, con sus tres hijos, continuaba de arrimada donde su hermana Ramona. Un día el agotamiento y la doble jornada de trabajo hicieron que Petronila cayera enferma a la cama de una fiebre tifoidea. Los días iban pasando, pero la joven no se recuperaba. Cada vez empeoraba más la situación.

Ramona, al ver que su hermana no se aliviaba, cogió al bebe recién nacido y se fue al pueblo donde una familia adinerada que no tenía hijos. Les entregó al pequeño Alfonso, argumentando que no tenían con qué mantenerlo y que la mamá estaba muy enferma y no se podía hacer cargo de él. Además, que ésta tenía otros dos hijos y su sordera era un limitante para conseguir otro empleo mejor que el de la minería. La familia muy agradecida acogió al niño y le dio todas las atenciones del caso.

Emiliano, el niño mayor, contaba con apenas diez años cuando se dio cuenta de lo que hizo la tía con su hermanito. No pudo resistir la rabia, la impotencia y se fue al pueblo con la ayuda de un arriero que pasaba por allí. Cuando llegó a la casa donde estaba su hermano, aprovechó que el pequeño estaba jugando y que la persona que lo estaba cuidando se había ido, entonces cogió al pequeño y se dio a la fuga con él, llegando a la humilde vivienda casi al anochecer, cansado y con la rabia contenida por la actitud de su tía.

Cuando la tía vio a Emiliano con el pequeño Alfonso sobre su espalda, se sorprendió y de inmediato lo cogió, le quitó el niño y le dio

una pela con un zurriago. Al otro día, Ramona amarró a Emiliano de un palo de café y se fue al pueblo a llevar de nuevo al pequeño. Mientras tanto, Petronila se debatía entre la vida y la muerte con una fiebre muy alta y Emiliano no tenía a quién más acudir.

Los días pasaron y la mejoría de Petronila fue evidente, ya tenía fuerzas para levantarse y comer algo. Cuando Petronila se pudo recuperar y preguntó por cada uno de sus hijos y en especial por el pequeño Alfonso, su hermana le contó todo lo sucedido con el niño. Le dijo que ella se estaba muriendo de hambre con sus hijos y con sus sobrinos también, así que era mejor que dejara al pequeño Alfonso donde esa familia, que allá por lo menos tendría qué comer.

Petronila se angustió, se sintió impotente, humillada, sin alientos de continuar pero como pudo sacó fuerzas y se fue al pueblo a reclamar a su hijo que ya estaba muy acoplado a la nueva casa. Ella habló con los señores y les dio a conocer su situación, la familia le respondió que el niño estaba muy desnutrido, que necesitaba atención especial y que ella no estaba en condiciones de darle lo que necesitaba, ofreciéndole a cambio, trabajo doméstico en la casa. Indignada, Petronila no aceptó, sintió que se iba morir y en su mente sólo estaba el miedo de perder a su hijo. Pero la familia tenía razón, ella no tenía los recursos para recuperar al niño del cuadro de desnutrición que padecía. Además, La Sorda desconocía las leyes, si no sabía leer ni escribir, mucho menos iba a saber de asuntos legales.

El tiempo pasó y Alfonso reconoció a aquella como su única familia, cuando fue un adolescente le ayudó al cura en los oficios religiosos, era entonces que Petronila aprovechaba para ir a la iglesia y ver a su hijo, aunque fuera de lejos, porque él nunca la reconoció como madre. Si en la calle algunas personas le decían que La Sorda era su mamá, él se disgustaba y no aceptaba el comentario.

Pasaron los años y los hijos de Pedronila se casaron, incluso Alfonso. Celina se casó con un arriero muy reconocido de la región y La Sorda se fue a vivir con ellos, ya no volvió a la quebrada y sólo asistió los partos de sus hijos y de algunas mujeres que la llamaban. Los nietos llegaron a la vida de Petronila a darle alegría.

En una ocasión Petronila manifestó mucho dolor en los ojos, pasando muchos días con ese malestar. Los ojos se le pusieron rojos como unas bolas de sangre y no la dejaban ver. Le echaron una enorme cantidad de remedios caseros pero la desdicha volvió: también se quedó ciega: veía a sus nietos como pequeños monstruos que caminaban a su alrededor.

Petronila cayó sumida en la depresión, pues había perdido otro de sus sentidos. Se sentía incapaz de continuar, pero empezó a adquirir nuevas habilidades para defenderse, reconocer los espacios de la casa y lograr comunicarse con sus nietos y demás miembros de la familia.

A pesar de su ceguera, las mujeres la siguieron solicitando para que las asistiera en los partos, cuando tenía que cortar el ombligo, se apoyaba en la persona que le ayudaba, y con mucho cuidado, terminaba su labor. Sabía muchas técnicas para detectar si un parto tenía problemas. Por ejemplo, cuando el bebé estaba encaramado y venían primero los pies, ella acostaba a la embarazada en una sábana y la mecía hasta que el bebé se pusiera en posición normal.

Petronila aprendió diferentes maneras de reconocer y comunicarse con sus nietos, tenía señales para identificar a cada uno: las orejas, lo flaco, un dedo mocho, cejas abundantes, hasta al yerno lo reconocía por el olor a caballo que le dejaba el oficio de arriero.

Los problemas de salud de Petronila se agudizaron. Los dolores en el estómago cada día eran más fuertes y ya no los calmaba tomando agua caliente y haciendo bebidas que antes le ayudaban un poco.

Un día Petronila tuvo una recaída grave, con vómito de sangre, y se la llevaron de urgencia al pueblo. Los nietos la despidieron llorando y no la volvieron a ver.

Así fue la vida de Petronila Correa, una valiente mujer que a pesar de las limitaciones y los abusos que sufrió, hizo parte de este mundo dejando un legado de experiencias para las personas que tuvimos la dicha de conocerla y compartir con ella. Así fue Petronila, mi abuela.

Una peona sin descanso

Ana de Jesús Silva

Ahora que soy abuela he venido meditando y recordando los tiempos de mi infancia. Esta es otra de las historias que marcaron mi vida y sucedió desde mis diez años en adelante.

Como siempre cuando eres pequeño, todos los oficios te los van arrimando. En ese tiempo a uno lo domaban con trabajo y con rejo. Un día mi mamá me envió a una cañada a recoger agua. Por ese lugar sólo había dos casas y por eso el agua era tan escasa. Debíamos hacer pequeños pozos para poder guardar el precioso líquido, pero lo necesitábamos para alimentar una marrana grande con ocho crías que teníamos y para podernos bañar y comer.

Recuerdo que un día fui a llenar unas ollas con agua para mi mamá y cuando llegué me encontré a los marranos revolcándose dentro del pozo, los saqué de allí y me puse a lavar el sitio. En esas llegó una vecina a pedir agua y le dije que no le podía dar porque el pozo estaba sucio, pero ella no me creyó, llamó a mi mamá, le dio quejas sobre mí y le dijo que debía castigarme. Entre las dos me ataron a un palo, por más fuerza que hice no me pude soltar, mientras mi mamá y la señora me pegaban con un lazo doblado y con los aparejos de cuero con que mi hermano mayor cabalgaba. Finalmente, la vecina se fue contenta y agradecida.

Ese día me dejaron amarrada hasta que llegó mi papá preguntando por qué nadie le había llevado el almuerzo, entonces me vio y me soltó. Me fui para donde mi abuelo, que tenía unos perros muy bravos, y le conté todo. Pero él no me creyó, me dijo que era una embustera, que quién sabe que habría hecho de malo y que yo estaba buena era para cogermelo del pelo y tirarme a los perros. Me le acosté en un rincón y me quedé dormida hasta el otro día.

Cuando sentí unos golpes me levanté y me puse a pilar maíz con una tía. Yo había aprendido a hacerlo rápido pues con eso me ganaba la comida y la ropa. En esas épocas si uno no se movía no tenía cabida en ninguna parte. La madrastra de mi tía nos pidió que les lleváramos el desayuno y el almuerzo a los trabajadores del cañaduzal y así lo hicimos. Allí también nos ponían a trabajar, nos tocaba cargar la caña para que los trabajadores la molieran. Después mi abuelo empezó a arriar a las bestias y como yo no sabía él me llevó para que aprendiera pues, como él decía, eso era un trabajo.

Cuando cumplí trece años me di cuenta que me iban apretando más los oficios, yo era un peón sin sueldo y sin descanso. Me tocaba buscar las mulas en el potrero para llevarlas a la casa, enjalmar las de carga, ensillar la que montaba mi hermano para arriar. Él me utilizaba para sostener la carga, para arreglar la comida de las bestias y era todo bravo conmigo. Recuerdo que si lo miraba, él me trataba mal y me insultaba.

Por otro lado, el abuelo también me maltrataba. Decía: “yo sí la amanso y la dejo como una ovejita, porque ella es una chusmera y hay que darle carga y garrote”. Cuando yo le escuchaba esto me ponía a llorar.

A los catorce años me fui con mi mamá al pueblo, a donde mi hermana mayor para ayudarla a arreglar la casa donde ella trabajaba. En esa casa había un viejo que me perseguía. Un día estaba esperando a que yo saliera del baño para agarrarme, mi hermana se dio cuenta y en vez de decirle algo a él, me regañó a mí. Cuando la dueña de la casa lo suspendió fue que descansé.

Mi madrina me devolvió para el campo y por eso no pude estudiar. Para mi papá fue una alegría pues no me iría más al pueblo. Él decía lo

mismo que mi abuelo: “¿estudiar para qué? El estudio es para los perezosos y para los ricos”, por eso terminé analfabeta. Lo poco que sé lo aprendí después de casada.

Llegó la adolescencia y la pasé cargando maíz y frijoles. También llegaron los hombres como pajaritos volando, haciendo promesas falsas para llevarme con ellos, y aunque era muy inocente un día me volé con uno, pues pensaba que podía ser un buen partido y no fue así. A los quince días de mi fuga a él lo mataron.

Me quedé en un cafetal cargando, cogiendo y despulpando café con las hermanas del difunto. Como no era mi casa tenía que ganarme la comida y hasta la ropa. Allí conocí al que sería mi esposo. Quedé en embarazo de mi primera hija y él se alegró, aunque mi suegra no me miraba bien. Mi mamá fue a visitarnos y nos dijo que nos fuéramos a vivir a otra vereda donde ella estaba hacía dos años. Allí vivimos cuatro años y con lo que me tocó de una herencia, compramos una finquita en otro pueblo. Tuve más hijos y cuando nació la menor, tuvimos que abandonar la vereda porque la violencia fue insoportable. Llegaron los grupos armados y nos vimos obligados a desplazarnos.

Mis hijas consiguieron una casa en Medellín y partimos para allá. En la ciudad nos cambió la situación. Aunque no para bien: algunos de mis hijos consiguieron amistades cochinas y los involucraron en el vicio; a otro se lo llevaron a prestar servicio militar. En el sector donde vivíamos me decían que me los iban a matar, pero yo oraba, le pedía al señor y nunca pasó nada.

Actualmente, hago los oficios de la casa y cuido a los nietos que a ratos están conmigo, pero ya no cargo nada. Tengo 55 años y he encontrado un espacio en Combos donde soy muy feliz porque aprendo a leer, escribir y otras cosas más. Gracias a este proyecto, con él he podido desahogarme.

No ha parado de llover

Luz Adriana Correa

Esta es mi historia, la de una mujer que nació en Medellín, el 27 de noviembre de 1975; hija de doña Marina Mazo y don Víctor Correa. Me llamaron Luz Adriana, nombre que eligió mi padrino Ricardo León. Mi infancia fue muy linda, compartía juegos infantiles con mi amiga Clara Cecilia, pero mi inocencia no me dejó ver en aquella época el acoso al que fui sometida por un hombre de la familia. Cada que mis padres y yo íbamos de visita, él me perseguía de una manera hostigosa, pero yo siempre lo evadía. Ese fue la primera lluvia que cayó en mi vida, un mal recuerdo que sólo hasta hoy revelo en este relato.

Recuerdo que mis padres laboraban largas horas para el sustento diario de la casa. Yo no lograba entender por qué mi madre también tenía que salir de casa y sacrificarse tanto. Sin darme cuenta, ella recibía maltratos y humillaciones de mi padre, que ocultaba, para no afectar “el bienestar de la familia”. Llegó mi adolescencia al tiempo en que yo me dejaba de interesar por muchas cosas, al fin y al cabo tenía todo, mis padres nos complacían, a mi hermana, mi hermano y a mí no nos faltaba nada. No vi la necesidad de esforzarme por conseguir lo que necesitaba. Fue entonces que abandoné mis estudios. Las metas, los sueños y las aspiraciones que de muy niña me había trazado, cuando me preguntaban qué quería ser cuando grande, fracasaron.

En mi adolescencia sólo desobedecía a las peticiones de mis progenitores. Era muy rebelde con ellos por lo que les cause bastantes dolores de cabeza. Mi madre, en una ocasión, del desespero, me dio una señora paliza, sin saber que estaba embarazada; perdió el bebé de la ira que tuvo. Ella aún me culpa por ello, pero yo no hubiese querido que eso pasara, tremendo aguacero que aún siento y que no ha terminado. Para colmo, bastantes lágrimas le causaba mi padre en su época de galán, las quería a todas y mi madre aguantaba todo ese sufrimiento sola y en silencio. Es inevitable que deje a un lado la historia de mi madre dentro de la mía porque esa mujer berraca y luchadora, de cierto modo es la que me enseñó a continuar hacia adelante a pesar de las adversidades.

Ella realizaba actividades para generar ingresos y sostener los gastos de la familia. Mi hermana y yo le ayudábamos a pintar figuras que ella hacía en icopor. Recuerdo que hacía tortas, galletas y diferentes tipos de alimentos que nosotros empacábamos, y mi hermano salía a vender por las calles del barrio, pues mi padre se ausentaba por largos tiempos dejándole la obligación a ella. Mi madre trabajaba largas horas con tal de que no nos faltara nada, y de alguna manera, pienso que lo hacía para que no sintiéramos la falta de mi padre, ella era sabedora del amor que sus hijas mujeres le teníamos a él, hombre al que quiero con toda mi alma a pesar de todo. Amor que sobresale por encima del que tengo por mi madre. El porqué, no lo sé. Pero es un sentimiento que sale de mi corazón y que suena, como mi madre lo dice con rencor en una frase, ¡Ah, desagradecida!

Llegó la etapa de mi enamoramiento. Conocí al que hoy día es el padre de mi hijo. Desde que lo vi me cautivó. Me entregué de cuerpo entero al primer hombre en mi vida; pasé de niña a mujer y, sin darme cuenta, empezó a cambiar todo, ya no era la misma, vivía para él, no para mí. Pasó el tiempo y me enteré que tenía otro amor, me dolió mucho y lo dejé, pero al año volvió a buscarme y lo acepté. Pensé en vengarme de lo pasado, pero sorprendida descubrí que mi cuerpo empezaba a cambiar. Recurrí a mi madre y fue ella quien se enteró de mi estado de embarazo.

Dentro de mí se formaba ese pequeño ser que traería tantos cambios a mi vida. Un día, una mujer a quien yo llamaba mi amiga, se enteró y me dijo que era el peor error que había cometido. Pero yo no logré entender, porque al contrario, sentí que escampaba. Había parado de llover. Sentía una inmensa felicidad, tenía al padre de mi hijo a mi lado, el apoyo de mi familia y la ilusión de ser mamá.

Fue para aquel 17 de noviembre de 1995 cuando nació el hombre que sería el verdadero amor de mi vida, mi pequeño hijo —a quien llamé Juan Fernando—. Llenó de amor mi vida, dio luz a mi camino. Él es por quien me levanto a diario con más ganas de seguir viviendo; brindó a mi existir las expectativas por las que hoy me esfuerzo para lograr las metas que con antelación me había propuesto y que dejé en el camino.

Terminé mis estudios y continúe los superiores, en la época de mi preparación sentía que comenzaba de nuevo a llover. Mi compañero se convertía en mi sombra en todos los espacios que frecuentaba, el colegio, el lugar donde alfabetizaba, no me dejaba ni un instante. Me sentía perseguida, era el guardián de todos mis actos, siempre estaba aunque yo no quisiera, me asfixiaba. Sé que me amaba, me apoyaba en todo, me protegía, pero desconfiaba de mí y eso no me gustaba.

Empecé a sentirme prisionera. Decidí comenzar mi propia vida y no la que él me permitía. Quería trabajar y así pagar mis estudios para no depender. Pensé que era lo mejor. Pero cuando comencé a hacer artesanías, algo que me gusta, se dio cuenta de mi productividad con las ventas y todo empeoró. Dejó a un lado las obligaciones que atendía antes, me colaboraba menos y mis padres me reprochaban por esto. Me pidieron que buscara donde vivir para que él se responsabilizara de mi hijo. Él quería seguir su vida de soltero, mientras que yo tenía que escuchar los lamentos de mis padres por ser ya “harina de otro costal”; así lo mencionaban en repetidas ocasiones.

Me fui cansando de esa situación al ver que el hombre del que me enamoré un día y entregué la mayor parte de mi juventud, no me ofrecía nada más que sexo diario y un noviazgo para toda la vida. Yo quería más que eso: bienestar para mi hijo, un techo para los tres, calor de ho-

gar, una familia bien conformada. Se lo manifesté en varias ocasiones y él nunca quiso. Pasaron muchos años, se fue deteriorando el amor que yo le tenía. Pensé en terminar la relación muchas veces pero siempre estaba de nuevo a su lado. Perdía cada vez más el amor que le tenía, el licor, que hartó le gustaba, me atrevo a decir que más que yo, no se lo dejaba ver.

Tenía muchos problemas en mi casa. Él nunca quiso que formalizáramos la relación hasta que me cansé de luchar contra un imposible, y tomé la determinación. Al fin la niña que él había conocido ya era una mujer adulta. Lo confronté y no me guardé lo que sentía. Por fin terminé con todo de una buena vez y sin mirar atrás. Logré liberarme de lo que no me dejaba continuar con mi yo interior, con mi propia personalidad. Pasaron los días y reaccionó, me dolió ver cómo, de manera ofensiva, me dijo que si lo que yo quería era casarme que lo hiciéramos. Sentí que lo hacía más por obligación que por sentimiento. Pensé que siendo mayor que yo, parecía un niño sin argumentos.

Escampaba dentro de mí; sentí la calma y un calor que me dio seguridad. Me propuse otras metas. Vi la necesidad de tener una vida más productiva y comencé a hacer las prácticas de la técnica en secretariado. Mi primera experiencia fue en la clínica Las Vegas; allí aprendí muchas cosas buenas para mi vida personal y laboral. Mi jefa era la doctora María Victoria Uribe, un gran ser humano, muy femenina, la admiraba mucho. Puso a prueba mis conocimientos y me ayudó a ponerlos en práctica sin temor. Laboraba en el laboratorio clínico. Éramos veintinueve mujeres, algunas madres cabeza de familia, hijas, hermanas. Cada día me enseñaban a ser mejor, me aportaron grandes conocimientos y me daban fuerzas para continuar.

Mi hijo se sentía orgulloso de mí. Había logrado una de mis metas: una estabilidad laboral y económica. Pero todo no es color de rosa, empezaba de nuevo a llover. Llegó la crisis escolar de mi hijo, empezó a desatender las labores del colegio, se aumentaban mis presiones. Para colmo, mis padres tenían conflictos entre ellos y mi hijo presenciaba todo. Le afectaba mucho. Yo andaba la mayor parte del tiempo fuera de

casa. Mi cuerpo y mi mente no soportaban tanta presión. Con lágrimas en los ojos y una inmensa tristeza tuve que renunciar; primaba por encima de todo el bienestar de mi hijo, se acabó ahí una de mis mejores experiencias laborales.

Pasó el tiempo y logré aplacar la lluvia que se había prolongada mucho. Comenzó la vida laboral comunitaria, que por cierto me gusta mucho y me llena de satisfacción, aunque no es remunerada. Conocí diferentes organizaciones, entre ellas una cooperativa que sería mi próxima experiencia laboral. Mi físico fue el pasaporte de entrada. Quien sería mi jefe me dijo que necesitaba una mujer bonita para llamar la atención. Administraría un almacén de lubricantes y lavadero de vehículos. Lo pensé muchas veces pero era un reto para demostrar que no sólo era mi figura delgada, mi color canela, mis ojos cafés, ni mi sonrisa a flor de labios los que le dieran el toque secreto al sitio. Acepté a tanta insistencia. Los clientes, al verme, se sorprendían; no esperaban una mujer en el lugar que “era cuestión de hombres”.

Demosté que una mujer todo lo podía; mi talento se reflejaba cada día, mi jefe admiraba mi labor. A diferencia del empleo anterior, mis compañeros de trabajo eran doce hombres. Al principio fue complicado; no se acostumbraban a moderar sus conductas, pero todo empezó a cambiar para bien. El ambiente se tornaba más cálido, en ocasiones no faltaba quien hiciera propuestas indecentes, pero mi actitud las evitaba hasta el punto de inspirar respeto. Allí conocí al hombre con el que formalicé una segunda relación sentimental, muy trabajador, no gustaba del licor y eso me agradaba. Me enamoré nuevamente, no pensé que pasaría de nuevo, me sentía feliz.

Mi jefe era malgeniado e irresponsable. En algunas ocasiones me incumplía con los pagos y la EPS. Me aburría de eso y se lo manifesté. Pero él creía tener la razón en todo; era prepotente, mandón, exigía respeto y él no lo brindaba. Sentí que era mejor terminar bien. Tomamos juntos la decisión de acabar con el contrato. Somos buenos amigos; lo quiero como a un hermano; me ha enseñado grandes retos al igual que su madre Alba Rosa Manco, una mujer lidereza que quiero y admiro

por la labor que realiza con y para las mujeres, luchadora de los derechos con equidad. Me enseñó a valorar cada vez más mi género; su energía contagia a quienes la rodean. Quizás sea la culpable de que hoy este narrando mi historia.

Me conecté con una pareja de cristianos que me contrataron para laborar en un almacén de ropa. Era entonces administradora y vendedora. La temporada fue corta y de nuevo caía la lluvia pues la relación amorosa que mencioné antes llegó a su fin. Sentí que se derrumbaba algo dentro de mí. Salí corriendo tan aprisa para escamparme de tanta brisa, que no me di cuenta que perdía mi empleo. No me interese por conseguir empleo y volví con las artesanías con las que sostenía mis gastos. Conocí a alguien que logró estabilizar mis emociones, me hace muy feliz, tengo el apoyo y compañía que necesitaba.

Por medio de mi amiga Laura me enteré de un empleo; me dijeron que don Gustavo, quien sería mi jefe, era un “echador de perros”. El trabajo era en un almacén de electrodomésticos donde trabajé como secretaria de ventas. Don Gustavo era muy cumplido con el pago, pero era por debajo del mínimo que apenas alcanzaba para los pasajes. Me gustó trabajar allí pero no quise continuar pues no justificaba por el poco dinero que ganaba. Desde entonces no he conseguido trabajo. Es muy difícil conseguir un empleo a mi edad, pues noto que cada que entrego una hoja de vida, mi experiencia, capacidad y estudios son los que se requieren para el cargo y me siento apta para el empleo; sin embargo viene el rechazo. Definitivamente es por la edad.

Hoy tengo treinta y dos años aunque dicen que no los aparento. No laboro para ninguna empresa, pero considero tener la mía propia. Realizo artesanías que vendo a mis amistades y me divierte hacer collares, pulseras, aretes figuras en fomy e icopor. Elaborarlos me desestresa y los realizó en tiempo libre. También vendo ropa para dama y además estudio y realizo trabajo comunitario con lo que me siento útil para mí y las personas que están a mi alrededor.

No me rindo. Demuestro que las empresas que han prescindido de mí han perdido una muy buena trabajadora. Me entrego a lo que hago

porque me gusta: ayudo a quien lo necesita; me siento lidereza y eso me llena de orgullo. Trabajo con niños, niñas y jóvenes. No recibo un salario por esto, pero mi pago es la satisfacción de ver a la gente de mi comunidad manifestarme gratitud. Soy defensora de los derechos que son nuestros, por los que me esmero para demostrarle, a mí y a los demás, que el mejor empleo es el que hacemos por nosotros mismos.

He recibido el apoyo de diferentes organizaciones de mujeres feministas a las cuales pertenezco, convencida que no es una pelea con los hombres. No es exclusión, como muchos se lo creen; al contrario, estamos cansadas de tanta exclusión histórica: es por la equidad de género, a la que desde hace doscientos años otras mujeres ya fallecidas han venido trabajando para lograrlo. Hoy día yo doy esta lucha por mis sobrinas Alison, Hilari, Geraldine y demás niñas de mi familia que quiero, y para muchas mujeres que aún no han despertado a la realidad de que somos seres humanos con igualdad de derechos y deberes, para que no tengan que pasar por tantos sufrimientos como los que han pasado nuestras madres, abuelas y muchas mujeres en el mundo. Es por eso que a mi hijo y a los que me rodean les enseño la importancia que tenemos como seres humanos con igualdad de condiciones, sin miedo al sexo.

Soy una mujer laboriosa; trabajo por nuestros derechos porque existo, pienso, vibro, lucho y sueño mejores oportunidades para mí y los que al igual que yo, no han logrado un contrato laboral digno por su condición. No me canso, sigo en pie. Todos los tantos aguaceros que anteriormente les he relatado, son los que me han dado ánimo para continuar la lucha. Sigo, sin importar las fuertes tormentas por las que vaya a pasar.

Confieso que en ocasiones siento que vivo una doble vida. Pese a la separación con el padre de mi hijo, él no deja de acecharme; vivo la vida que me gusta pero algunas veces me toca aparentar la que algunos a mí alrededor me exigen, entre ellos mi hijo, que me desestabiliza y a pesar de mis muchos esfuerzos por él, la luz de sus ojos es su padre, lo quiere demasiado. A mí no me incomoda pero aquí es donde entiendo

la frase de mi madre “los hijos son desagradecidos”. Estoy convencida de que no se debe hacer lo que no quieres que te hagan, lo vivo en carne propia, pero amo a mi hijo con todas mis fuerzas. Por eso siento que desfallezco cuando no lo siento tan mío, sin dejar de reconocer que no es de mi propiedad.

Sigo educándome a pesar de que algunos digan que para qué lo hago. Y aquí retomo la frase de un sabio que dice que hay que “estudiar”, no para saber más, sino para saberlo mejor. Tengo mi propia empresa, me llena de grandeza. El ámbito laboral ha traído a mi vida productividad, experiencias, aprendizajes, alegrías y tristezas, que no se borran de mi mente para evitar caer de nuevo en el error. Ellas me ayudan a batir las alas que no he dejado que me recorten. Me gusta volar alto, muy alto cada que la lluvia se detiene.

Este escrito es mi biografía. Quizá, amigo y amiga lector, te verás reflejado en algunos de mis párrafos. No puedo olvidar que todos tenemos historias similares que contar y nos cansamos de llenar diarios que sólo conocemos nosotros mismos. Hoy quise romper el hielo. Contar y compartir la historia de mi vida ha sido una buena terapia, se ha desatado el nudo en mi garganta, y aunque no me conoces, ya sabrás todo de mí en estas líneas, las mismas que relato esperando que sirvan como testimonio para quienes creen haber perdido las esperanzas de continuar.

Tengo un corazón lastimado que ha sido maltratado, humillado y despreciado. Pero sigo aquí sin mirar atrás para fortalecerlo cada vez más. Es de mujer, y debo evitar a toda costa que se inunde; que aunque llueve sobre mojado voy siempre mirando adelante y con mi frente en alto. En algunas ocasiones me siento sola en medio de tanta gente, no tengo un compañero sentimental por ahora y siento que me hace falta, pero al mismo tiempo reflexiono y me doy cuenta que no hace falta alguien a mi lado, que basta con mi presencia para ser inmensamente feliz, que esa felicidad existe si la vives. Como llega la tempestad llega la calma.

Tejiendo libertades en medio de cárceles

María Elena Morales

Sonaban las quince campanadas de mi vida. No hubo velitas, no hubo torta y mucho menos ese vestido que para la época debía ser rosado y que todas las niñas soñábamos tener. Esa ilusión se convirtió en responsabilidad, en querer ayudar a mis padres. Fue entonces cuando un amigo de mi papá me consiguió mi primer trabajo. Mi sueño ya cambiaba. No era entonces esa fiesta anhelada, ni los primeros tacones, ni las medias veladas. Allí se fabricaban y vendían toda clase de aretes. Mi oficio era pegar piezas para dejar listos los accesorios y embellecer las orejas. Yo me las medía todas. Todas me gustaban, pero era claro que no podía tenerlas. Estaba muy a gusto para poder ayudar en mi casa.

Yo seguía con muchos deseos de estudiar. Eso le preocupaba bastante a mi mamá, al punto que le habló con un tío mío. Él me matriculó y pagó el primer mes en una escuela de comercio. Mi vida cambió. Retrocedí y volví a ser la niña de la escuela. Pero el tío nunca más pagó. Me tocó hablar con la administración porque ya se debían varios meses. Pedí que me aceptaran pagar con trabajo. Me pusieron a dictar o a repetir como profesora, en las noches, lo que aprendía en las tardes, para pagarme los estudios. Era la profesora más joven y seria, pero se burlaban de mí. Me decían: “niña vete a que te den el tetero”. Los apo-

dos no faltaban pero no me podía quejar en la administración porque perdía el trabajo. Así pase un año entre aprendiz y profesora.

Ya tenía novio y, qué coincidencia, su hermana trabajaba como secretaria de gerencia en Postobón. Por medio de ella conseguí una entrevista en esa empresa. Allí duré dos años, escalé varios puestos muy rápido y cuando sabía que alguien se retiraba, enseguida hablaba con el gerente y le pedía la oportunidad del nuevo puesto. Recuerdo que había una proveeduría o mercado para los empleados.

Estaba enamorada, con compromiso de matrimonio. En esa época, cuando uno se casaba, se salía del trabajo. Me convertí pues en esposa y madre. Un trabajo duro y sin sueldo pero lleno de mucho amor, sobre todo cuando llegan los hijos. Se nos presentó la oportunidad de irnos a otra ciudad a salvar un negocio. Teníamos tres hijos pequeños. El negocio era de ropa y estaba casi en manos de acreedores. Haciendo inventario llegamos a la conclusión de que había que hacer un remate de ropa que no se vendía. Hablé con un señor que tenía una camioneta y me iba al mercado que era los días martes de 6 a.m. a 6 p.m. Con pleno sol de tierra fría salía a vender la ropa a precios bajos, hasta lograrlo.

Hubo una citación en la capital, de todas las empresas a las que se les debía dinero. Tuve que ir yo, pues mi esposo tenía que quedarse al frente del negocio. Tenía seis meses de embarazo de mi cuarta hija. Me fui sin conocer, pero documentada de balances y extractos bancarios. Fueron cinco horas de camino en bus. Llegué con los pies hinchados y mareada a la terminal de buses y de allí un taxi me llevó a San Victorino, el lugar de encuentro. Subí a un tercer piso donde esperé a que llegaran los abogados y los dueños de las empresas a las cuales no se les habían podido cancelar las acreencias. ¡Oh! qué sorpresa para ellos cuando se encontraron con una señora joven, embarazada y con los pies hinchados, que iba a tratar de solucionar las deudas.

Al principio no querían entenderse conmigo, sino con mi esposo, pero argumenté que él no podía estar allí. Al comienzo todo fue suave pero no nos poníamos de acuerdo en los plazos y las cosas se fueron poniendo color de hormiga. Unos señores muy prepotentes, gritones,

machistas y groseros. Le pedía al espíritu santo que me iluminara y me ayudara a salir de todos esos lobos feroces y así fue: con lágrimas en los ojos pedí mi última intervención. Ya estaba decidido el embargo del almacén. Replanteé otro sistema de pago, conseguí plazos más largos y hubo dos señores que me perdonaron las deudas y quedaron de enviar mercancía.

Mi matrimonio ya iba muy mal. Parecía que yo estaba poniendo el pecho a todas las situaciones difíciles y no tenía ninguna motivación. Pasó un año, mi esposo dedicado al licor. había fines de semana que no llegaba a la casa y el castillo se fue desmoronando. Con una situación económica muy apretada tuvimos que entregar el almacén a sus acreedores y sentir que tanta lucha no sirvió.

Llegamos de nuevo a Medellín, sin un solo peso. Conseguí un trabajo en el centro de la ciudad donde unos abogados, como secretaria. Eran dos señores: uno costeño, de porte elegante y rostro de árabe, y el otro antioqueño, echao pa lante, buena persona y trabajador. Yo tenía treinta años y treinta kilos menos.

Pasaron seis meses. Yo acostumbraba a quedarme en la oficina al medio día, para no gastar en pasajes y adelantar trabajo. Siempre me quedaba sola. Pero un día el señor costeño se quedó porque, según él, esperaba un cliente. Todo parecía normal. Me llamó a su oficina. Pregunté ¿qué se le ofrece?. Abrió un cajón del escritorio e hizo, que yo me diera la vuelta para mostrarme algo y en ese momento me cogió fuerte a sentarme en sus piernas. Mi reacción fue inmediata. Me levanté y encima del escritorio había un abre cartas en forma de espada. Lo cogí y le dije: “usted me toca y lo mato”.

Él se asustó pero no se cansaba de halagarme. Este corre-corre duró aproximadamente diez minutos, que se me hicieron horas. No podía salir de allí porque le había puesto seguro a las puertas. Pero, como siempre, llegó un ángel que era el socio, que nunca llegaba a esa hora y me encontró llorando y muy enojada. Le conté lo que me sucedía, le entregué el puesto y me fui. Pienso que en ese momento de tanta indignación lo hubiera matado. En esa época no se hablaba del acoso sexual.

Días después oí decir que necesitaban vendedoras para Jardines Montesacro. Ya se había terminado mi matrimonio y me dediqué, pues, a vender intangibles. Al inicio las personas no querían saber nada de la muerte. Todos daban un argumento diferente para decir no. Vendía muy poquito. Se presentó, en la misma empresa, un cargo de secretaria de ventas. Fue duro. Tenía que competir con niñas de la universidad, pero lo logré. Pasó un año, cambiaron de jefe. No le caí bien, me hacía la vida imposible. Cometí un error de ortografía al escribir cerca con s y me votó. Ese puesto lo ocupó luego una sobrina de él.

Conocí a un señor, gerente de una empresa de medicamentos que me empezó a galantear con flores, discos, serenatas, tarjetas y todo lo que a una mujer le gusta y la enamora. Me fui dejando seducir. Cambié de casa, les alquile dos piezas a dos secretarias. Con lo que me pagaban, cancelaba el arriendo mensual. Y como no tenía trabajo les hacía de comer y les arreglaba la ropa y de esa manera me entraba otro poco de dinero.

Le propuse a un hermano que pusiéramos un almacén de lámparas e iluminaciones. Se concretó la idea, le pusimos todas las ganas y el corazón. Ya me había organizado con el galán, pensé que había cogido el cielo con las manos. Él empezó a frecuentar mi sitio de trabajo. Eran celos profesionales, según él, yo en ningún momento podía aventajarlo. Luego vinieron los celos con los clientes. ¿Por qué ese señor te dio la mano tanto rato?; ¿por qué tú lo miras de esa forma?; ¿por qué vas tan arreglada?; ¿por qué sonríes tanto? Esto era un rosario de nunca acabar hasta que reventé y preferí cerrar el almacén y terminar esta guerra que no dejaba sino sinsabores.

Me conseguí un trabajo de secretaria. El bus me dejaba como a diez cuadras del trabajo y me tocaba caminar bastante por una calle sin pavimentar, cuando llovía se volvía un lodazal. Los sábados y domingos me conseguí la forma de vender empanadas en los puestos del estadio. Unos fines de semana eran trescientas, otras veces seiscientas, otras mil. Me levantaba a las cuatro de la mañana, con mis hijos, a moler el maíz, la carne y hacer el guiso, freírlas y luego mi esposo, en bus, las re-

partía. Yo me quedaba en casa, porque también los vecinos compraban.

Unos amigos me ofrecieron, en sub-arriendo, un local para los fines de semana, en Llano Grande. Lo tomé, era más extenuante, porque toda la semana trabajaba hasta las seis de la tarde, llegaba a la casa, me ponía a cocinar para empacar por porciones. Preparaba mondongo, frijoles con garra, muchacho relleno, cañón agridulce, arroz con leche. Como ya tenía mi renolcito, lo llenaba de comida todos los sábados, a las seis de la mañana y cogía rumbo a Llano Grande. Al principio no entraban sino las moscas, pero mis hijos, que se turnaban para acompañarme, llegaban a los carros y contaban lo que yo hacía. Se encargaron de acreditar el negocio. Llegué a vender en un fin de semana, seiscientos tamales. Me estaba yendo muy bien y por ese motivo mis hast que “buenos amigos” me pidieron el local. La gente no quería que me fuera.

El pago que recibía como secretaria no me alcanzaba. Mis hijos ya eran adolescentes y demandan más gastos. Saqué vacaciones y con ese dinero compré ropa. Estaba de moda el Grupo Menudo, con sus camisetas de colores. Me fui con mi esposo, en mi carrito, a Bogotá. Parábamos en todos los pueblos y anunciábamos la llegada de la moda Menudo y vendí todo. Como las vacaciones eran de un mes, dizque para descansar, me puse a hacer encuestas, con una firma muy seria, a nivel ejecutivo.

Un día el gerente me cuenta que van a venir unos señores ecuatorianos, que si yo los atendía, que estaban interesados en saber todo lo relacionado con harina de maíz y elaboración de arepas. Por esos días cambié las encuestas y me dediqué a conseguirles a esos tres señores entrevistas con empresas productoras de la harina. Pasaba todo el día con ellos, transportándolos, llevándolos a las citas. Por la tarde les mostraba la ciudad.

Al cabo de ocho días de visita, me dice uno de ellos: “nosotros en Ecuador necesitamos una persona así como tú. ¿Te irías?. No dudé un segundo y le dije que sí. Hablé con mis hijos, y ellos me apoyaron. Mi esposo al inicio se opuso. A los veinte días estaba fiando el boleto de

avión para trasladarme a la ciudad de Guayaquil por treinta días. No conocía la ciudad, ni su cultura y menos la empresa en la cual iba a trabajar. Tampoco cuánto me iban a pagar. Renuncié a mis trabajos, hice un préstamo y compré ropa para vender allá. ¿Cómo? ¿A quiénes? No sabía, pero tenía que ganarme unos pesos.

Medellín-Bogotá; Bogotá-Quito; Quito-Guayaquil. Tenía mucho susto y preocupación por haber dejado mis cuatro hijos, pues era la primera vez que nos separábamos. El avión era gigante, me sentía como una reina que quería volar con sus propias alas y, a pesar de la tristeza por dejar mis hijos, me sentía libre de un esposo alcohólico que me sometía, maltrataba y desvalorizaba.

Llegué a la ciudad de Quito, un poco nublada. Yo miraba a las personas y a lo lejos vi una señora con una pancarta que decía mi nombre, me le acerqué. Era una secretaria que me tenía la conexión para seguir a Guayaquil y cien mil sucres. Era el 17 de julio de 1989 cuando hice mi entrada a Guayaquil, ciudad costera, tiempo de verano con mucha brisa, los zapatos me maltrataban. Toda la vida le huí al calor y al sol, pero un mes sí era capaz de aguantarlo, pensaba yo.

Me recibieron dos de los señores de que habían estado en Medellín, me llevaron al mejor hotel de esa época. Con mis dos maletas de ropa, una para vender y la otra con mis cosas personales, nos sentamos a conversar y el gerente de mercadeo me comentó que los planes habían cambiado, que yo sólo iba a una entrevista con el gran jefe, al otro día a las 9 a.m. y que me devolvía a la 1:30 para Medellín. Me contó que habían entrevistado señoras colombianas, venezolanas y ecuatorianas y que después resolvían. No sé qué sentí, si susto, miedo, tristeza o rabia.

Esa noche no pude dormir. Me asomaba a la ventana desde donde veía la catedral, una plaza gigante y bonita donde las iguanas se paseaban; al Simón Bolívar en su caballo, y a éste le dije: “Simón, yo necesito quedarme aquí los días que me prometieron, ese dinero lo tengo destinado para ponerme al día con un UPAC porque ya iban a embargar el apartamento. Traté de relajarme, llegó la madrugada, oré, me arreglé lo

mejor posible, me puse un vestido verde color de la esperanza con una flor blanca.

Llegué a la entrevista. Encuentro a un señor serio que me pregunta: “¿trajo su hoja de vida?” Entrego una historia laboral donde había mentiras de buena fe y arriesgadas. En estudios realizados yo no podía dejar ver mi ignorancia. Escribí tercer semestre de ingeniería de alimentos. En referencias personales puse al gobernador de entonces, doctor Antonio Roldán. Lo había visto sólo en los periódicos. En las familiares, como mi apellido era igual al del doctor Otto Morales Benítez, hombre de leyes, correcto, muy prestigioso, lo puse a él. Está muy bien su hoja de vida, me dice. Nosotros le avisaremos cualquier decisión, puede pasar a la caja que allí le van a devolver el costo del tiquete de avión.

Saque fuerza y le contesté: “doctor, pero si ya han entrevistado señoras de varias partes, ¿qué no le gustó de mí?” Me dice: “todo está correcto”. Seguí mi intervención: “¿no le parece un gasto muy alto para una entrevista? Además traigo ropa para vender y de pronto les interesa a su esposa e hijas”. Al instante me respondió con tono fuerte: “¿Y usted como sabe que tengo familia?” Deduzco que esa foto que hay debajo del vidrio es su familia”. Se sonrió —no lo había hechoantes—, pero insistía en que después me avisaba. Le dije: “¿A usted le gustan los retos?” Y me dijo: “¡por supuesto!” Le respondí: “entonces déme estadía y alimentación, véame trabajar un mes, si no le gusta no me paga, pero véame trabajar”. Se sonrió, se levantó de la silla, me dio la mano y me preguntó: “¿cómo quiere que le pague, en pesos, en sucres o en dólares?” Yo insisto: “no doctor, véame trabajar y después me paga”.

No dormí, me dolía mucho mi falta de conocimientos, quería llamar a mis hijos pero las comunicaciones eran muy costosas. Compré un diccionario, debía ampliar mi léxico. Al mes estaba en la televisión haciendo recetas con el producto: arepas asadas, fritas, rellenas, delgadas, gruesas, tamales, humitas, empanadas. Por espacio de tres años tuve dos veces a la semana programas en dos emisoras radiales en di-

recto. Como en los canales de televisión ya me conocían me ofrecieron participar en varios seriados y en comerciales de margarinas, chicles y café. Allí me ganaba unos pesos extras.

Nunca me asustaron las cámaras, ni los micrófonos, yo tenía que salir adelante como fuera. ¡Qué lucha por no dejar ver mi ignorancia, mis debilidades! Estas se convertían en miedo de día y en pesadillas en la noche. Los primeros tres meses baje diez kilos de peso y el cabello se me caía a manojos. Todo, producto de mi analfabetismo, de mi soledad, de la falta de mis hijos, de mi tierra. Cuando llamaba por teléfono a la casa era más lo que llorábamos que lo que hablábamos. Los ejecutivos de la empresa sentían celos laborales y armaron un complot para deportarme, porque no tenía papeles para trabajar. Me escondí en la ciudad de Quito mientras se resolvía mi situación legal.

Así permanecí doce años. Me inscribí en la universidad para estudiar mercadeo de 6 a 10 p.m., pero no hice sino un semestre, me inscribí en todos los seminarios, charlas, cursos y hasta clases de inglés. La lucha que estaba librando, no sólo a nivel del conocimiento, ni sólo como única mujer en un grupo grande de ejecutivos hombres, sino también como colombiana, con todos los estigmas que ello supone.

Otro día, en la ciudad de Cuenca, me siguió la Interpol, pero yo no sabía. Habían puesto un aviso en el periódico, solicitando personal para trabajar en una feria y entre esas personas se presentó una señora que se ofrecía a acompañarme en todo porque yo no conocía la ciudad. A los días se acerca un señor y me dice: “la venimos siguiendo”. “¿Por qué?” Le pregunto. Me muestra su identificación, me llené de susto. “Todo con usted está bien, todos los días le hemos requisado su habitación”. Y yo insistía “pero, ¿qué pasó?”. “La señora Isabel, ecuatoriana, con la que usted sale diariamente tiene cuatro entradas a la cárcel por droga y pensamos que usted, colombiana, estaba haciendo negocios con ella”. Lloré y renegué de mi país.

Al cabo del tiempo llega un nuevo jefe al que no le caí bien en principio y me dejó sin oficina. Yo le reclamo y me dice: “hágase por ahí mientras tanto”. Yo manejaba un sólo producto y me puso a manejar

dieciocho. Me controlaba todo el día por radio, biper o celular. Iba a la oficina, se paraba al frente y me decía: “usted ¿sí trabaja?”. Era un acoso laboral permanente. Después me enteré que decía: “la colombiana se tiene que ir, yo necesito ese puesto para mi mejor amigo”.

Cuando volvía tarde, después de una larga jornada de trabajo, me ponía a elaborar mil vasitos de gelatina para las degustaciones del otro día en los supermercados. Como la colonia colombiana era grande, saqué un aviso en el periódico, para los fines de semana: “A domicilio, comida colombiana, frijoles con garra, mondongo, ajiaco y sobrebarri-ga”. No se conseguían guascas, ni papa criolla, ni buen chicharrón. Eso lo tenía que traer de la frontera. Tuve mucho éxito, pero los lunes llegaba cansada y pensé que no podía descuidar mi trabajo en la empresa.

Cualquier día me vi en la clínica, perdí la razón. Según me dicen, era la falta de mis hijos, de no poder sentir su cariño, de no poder tenerlos cerca. Me propuse regresar, sin jubilación y después de enfrentar mis debilidades y miedos, enfermedades, maltratos de mis jefes, violencia de mi esposo, la falta de conocimientos, la soledad, los trasnochos, de pensar que mis hijos no tenían qué comer.

Este trasegar por abusos, pobreza, ignorancias, buscando siempre la manera de resistir y de mejorar como persona, mujer y mamá, se ha visto recompensado con cuatro hijos maravillosos, honestos, útiles a la sociedad, amorosos, decentes y trabajadores. Ahora que puedo escribir mi historia para contarla a otras personas, pero también para demostrar que las mujeres estamos llenas de capacidades y de fuerza interior, decidido fortalecerme con las dificultades y celebrar lo acontecido.

Manifiesto de mujer

Sandra Milena Rojas

Es satisfactorio comunicar a aquellas mujeres que aún no saben cómo salir a la luz, cómo empezar a caminar en una vida cotidiana, cómo enfrentarse a muchas pruebas, cuando sólo se tiene el temor y la desolación de este mundo terrenal. Yo, siendo muy niña, quise jugar intentando tener una vida de mujer madura, la cual pudiera construir y poder llevar un hogar, una esperanza de madre, una vida llena de rosas, pero sin tener en cuenta que al caminar me iba a encontrar con un mundo lleno de espinas, el cual comenzó a mis once años de edad.

Apenas cursaba el tercer grado de primaria, algo que nunca me llamó la atención, un mundo de grandes tesoros, que como regalo me entregó mi madre en las manos: el estudio. Para mí era lo más aburridor, algo sin oficio. Fue allí cuando decidí no hacer las recomendaciones y unas pocas reglas, hechas y formadas por un hogar, el cual formaban mis padres. No me importaban si me acogían, solo sé que conocí grandes personas, amigos(as), rumbas de amanecidas, toda clase de droga.

Pero no me importaban las consecuencias que podría tener lo vivido, estaba ciega, enamorada por primera vez, para mí era un mundo fantástico, un sueño hecho realidad, tanto que creí que había cogido el mundo con mis manos. El egocentrismo me dio a pensar que podía manipular un hombre, tanto que a la vida misma desafié. Aún tenía trece

años de edad cuando sentí por fin un ser, el más lindo, frágil, sensible y tierno. Tenía presente que era un gran regalo, el que llenaría mi vida eterna: un hijo. Empecé, sin saber nada, a maquinar como vivir, cómo hacer para empezar a ser mamá. Traté de inventar para él un mundo de ilusiones vanas, pues no contaba ni con un padre, ni con una madre. Sólo tenía trece años de edad y no conocía nada, pues, aún era rebelde con los míos y no conocía como diferenciar una cosa de la otra.

Por un golpe cruel del destino perdí a mi hijo. Como un leve suspiro desapareció. Decidí comenzar mi vida normal, teniendo un gran rencor y la impotencia de no hacer nada. Tomé un rumbo que fue coger el vuelo más corto, así llegué al camino de la prostitución. Entendí que allí no se habitan sentimientos, no se conoce del amor de una entrega. En este mundo sólo es un rato, tiene uno que tener la sangre fría y el alma negra.

Yo tuve que enfrentar este mundo de hipocresía y desolación, creí ser un roble, pero nadie sabía cómo era la gotera de mi vida por dentro. Sólo hallaba el vacío que no podía llenar cuando me olvidaba de Dios; lo único que me importaba era el dinero, me estaba volviendo tan materialista conmigo misma. Ya casi era un bazar.

A mis quince aprendí que quizás los hombres eran un objeto. Tomé la decisión de cambiar de sexo. Esta historia es la narración de lo que durante mi vida he sentido, lo que he construido, destruido y sigo construyendo. Es una catarsis personal en la que los hechos puntuales como personas, lugares y momentos, quedan implícitos para dar paso a lo que esto ha desencadenado en mí.

Conocí una mujer que me dio un golpe de traición. Sentí estrellarme de nuevo. Comencé a trabajarle a este dolor y aprendí que caer para levantarse no es caer. Fui dura con las mujeres, pero con el tiempo aprendí que hay que entenderlas poco a poco. Me fui adaptando a ellas. Un día llegó a mí un ángel caído del cielo, el cual me regaló siete hermosos años llenos de amor. Pero en un giro del destino, aproximadamente hace cinco meses, encontró una mujer mejor que yo, a la cual decidió entregarle el resto de vida que le queda. Con lo que ella no contó era

que a mi vida iba a llegar la más linda diosa, alguien quien me daría su vida entera si fuera preciso. Eso creo hasta el momento, pues a veces todo lo que pensamos acerca del amor resulta algo subjetivo, ya que sólo sentimos las ganas de morir, de volar hacia una vida mejor, donde no hagamos daño a nadie.

Es la desolación de sentir la traición de una familia, de la pareja, de personas que dicen estar de nuestro lado, el desengaño y la tristeza de habitar en medio de este mundo, donde sólo hay hipocresía y donde quieras que mires, todos te censuran. Te miran con cara de terror tratando de sacar a la luz todos nuestros errores. Allí es donde sentí que la soledad es nuestra única aliada, que si ríes o si lloras es tu problema. Así me ha pasado a mí desde el día en que creí que podía ser mujer aún siendo niña.

Todo me ha salido tan mal que no veo una vida buena, ni las ganas de vivir. Cuando me tomo un café, acompañado de un cigarro, las ganas de llorar invaden mis pensamientos y todo mi espacio. Sé que sí existe un dios, una fuerza divina; pero en mis momentos de tristeza, que vienen casi a diario, no me acuerdo de nada. El diario me da bendición sobre bendición, llena mis días, meses y años. Lo que yo no entiendo, es por qué nosotras las mujeres nos dejamos derrumbar tan fácilmente. A veces, cuando quisiera dejar la vida, independiente de todo lo que me rodea, de querer ser feliz, de tomar la decisión de cuidar más de mí, de los míos, viene el horror de saber que un 27 de junio a las 9:45 p.m. ha partido de mi vida el ejemplo más lindo y leal, mi madre se ha marchado a otro mundo. Me he sentido otra vez estrellada contra el mundo que aún vivo. Aprendí que no debo pensar sino actuar.

Mis vendas han desaparecido. Sentí morir en aquel instante. Su vida se iba junto con la mía. Desde aquel momento mi vida solo es tristeza y soledad, aunque estoy rodeada de grandes personas, me siento tan sola como aquel anciano viejo que no sabe qué hacer. Mi mundo aún se cierra a la realidad. Siento que todo es un infierno, que no existe más que el momento de ayer, el que muere y no es repetible. Todo en esta vida es un paso, que en un abrir y cerrar de ojos, no es nada. Ya no

queda ni en la poca memoria de un cassette. Es como la flor que al sentirse sin su raíz se marchita y muere, no vuelve a vivir. El sentimiento es como el agua de las tuberías, se va, no es potable; es como el sol, ya no resplandece y su luna ya no alumbra en la noche.

Mi corazón empezó a volverse duro, distante y rechazo todo lo ofrecido. Me di cuenta que no quería más que tirar la toalla. La música era para mí como la canción que ya pasa a la historia y sólo se recuerda cuando por las décadas que se escuchó. Todo lo volví mágico, que con sólo hacer bum bum desaparece. Dicen que la distancia es el mejor olvido de una vida llena de alucinaciones. Yo no comparto esto. Ya que mi vida siempre la hallo en grandes ganas de morir, cuando en brazos de una verdadera soledad me encuentro. Prácticamente comulgo con ella, cuando quiero tener una actitud más activa, pero hay algo marcado en mí, que no fue ni nunca será. Miro a la realidad que no es nada, solo hallo una línea para trazar, llena de medidas tontas que no se cumplirán. No siento ni el susurro del viento, ni encuentro luz a mi vida, a veces, trato de echar de menos el dolor, que día a día, me carcome.

Ya ni la telepatía existe, aunque no creo en ella. Mi mente trabaja rondando de allí para allá como un balón loco sin rumbo alguno. Siento que mi alma se desgarras, me sangra la vida, no quisiera vivir más. Ya no existe más que cadenas tratando de atar mi felicidad. Mi destino ya está marcado, a veces pienso en la entrega, las cosas buenas que son locas e irreales. Siento caer el mundo encima, una costumbre que empieza, pero que no sé cuándo termina. Mis lágrimas ahora son hielo y no cesan, el dolor aumenta más. Pienso en poder ser feliz, que nada me falte, creer que no hubo un amor que terminó, sin saber si en verdad existió. Creí en un universo, pero aún soy novata pues he soñado tener lo que nunca existirá.

Hoy la vida me despierta a través de los golpes, ni un mal recuerdo hay en mí. Hoy escribo una historia que no vale la pena: jalar el tiempo para tomar papel y lápiz y gastar hojas en lo tonto que saco de mi mente, y que el dolor trae a mí.

Quisiera vivir algo diferente a todo lo que he vivido desde mis once años. En estos momentos, mientras el mundo duerme, disfruto copian-

do este relato, porque a veces siento que me falta carácter para enfrentar este mundo traidor. Pensé que pasaría por grandes pruebas, pero no creí sufrir tanto, hasta llegar al punto de querer acabar con mi triste vida, pasando por encima de los demás, incluso de mi propia madre. No me importó matar la ilusión de una vida de niña. Hoy el precio es el rencor de creer que todo se me volvió en contra, con la pérdida de los que más amaba. Siento una gran cólera. Quisiera salir corriendo, pues ya estoy harta de llorar. Es lo único que se sabe hacer cuando se vive en un ámbito como el mío, cuando veo que nada cambia, que sólo estoy pérdida, que aún que haya salido del closet y soy libre para tomar decisiones, estoy errada en que no hay un punto final.

Aunque mi vida espiritual se está deteriorando, por culpa del resentimiento que se vuelve el peor de los vicios, hoy estas palabras brotan de mi alma, pero mañana serán vueltas cenizas. Nadie notará el borrón del corazón, tan sólo será un adiós que con la infidelidad de los demás, mis sentimientos dañó. Siento que las heridas del alma enferman mi mente y llegan a lo físico, no puedo vivir en paz, los sinsabores no dejan tejer las arañas del verso dicho, que no desampara la canción de los enamorados. Seré humana pero no una vil marioneta que todo mundo cree voltear a todos los lados. Siento la provocación que no se puede remediar con nada. La monotonía de vivir las mañanas sí que es preocupante.

A mi costado siento el perverso sexto sentido que toda mujer tiene, que a diario destila cizaña de los que nos rodean y que a espaldas nos clavan un puñal. Cuando me siento mal, sin aire, todos mis poros se cierran y el ahogo cuaja mi sangre, mi vida se va sin dejar huellas porque todo para mí está perdido. El recinto donde vivo lo siento pesado, de manera que el tiempo se me pasa; quedo como una estatua. Daría lo que soy por desnudar mi alma ante el mundo, porque como yo me siento hay más personas que se sienten igual.

Quizás la historia no era ésta, pero fue lo que me salió del fondo de mi corazón en este momento de silencio y tranquilidad. No puedo mentir escribiendo otras cosas, ya que me he dado la oportunidad de

volver a pasar por el corazón, tratando de expresar algo fuera de este sentimiento. Me pregunto de mi vida, si aún las heridas están. Creo dejar de querer, de sentir. Quizás lo que no puedo, en el rumbo de la vida, es olvidar. Aunque tengo presente que de recuerdos no se vive, sólo la idiotez de enamorarse es el sentido de un poco de felicidad. No es que sea atea con el amor, pues, aunque no lo crean, al amor le escribo. Sólo que no puedo dejar de pensar en todo lo vivido, que hoy es una superación que llevo a cabo.

Hace unos pocos años que me han enseñado una variedad de cosas, que son pruebas para aprender a vivir. Cuando tengo en cuenta que se debe cumplir con una cantidad de cualidades, que opacan los errores, efectúo una lista de personas en la mente, que han sido la más grande fuerza, las que me guían para comprender que querer es poder y así superar todo en la vida.

Hoy conozco grandes personas, comencé a estudiar, a hacer variedad de cursos. Trato de minimizar un poco el dolor. Comprendí que valgo tal como soy, que sólo debo dejarme ayudar para pulir cositas que aún no he podido con ellas, hoy Espacios de Mujer, Las Oblatas, Por una Vida más Digna y otras, me han enseñado que uno tiene mucho por vivir, que no sólo lo que escribo se hace hago por hacerlo, sino que debo de tratar de evitar seguir igual que con la vida de antes. También aprendí que he salido de un closet, que mi vida ha sido renovada, que mis heridas están siendo saturadas. Puedo ser completamente libre y al mundo poder abrazar, y puedo brindar mi mano sin miedo a manifestar lo que siento.

Ha llegado el momento de ponerle punto final a todos los rezagos del pasado y que las historias de las otras personas me pueden tocar el corazón. Que la muerte de una vida triste es necesaria, porque morir con el corazón es volver a vivir. Hoy leerán este relato, ya dirán: “qué triste como piensa” o “qué triste lo que le sucedió”. No importa. Es sólo querer comunicar a aquellas personas que tienen otra forma de pensar, que sólo uno puede tener la fuerza para salir adelante o un naufragio al abismo nos puede llevar. Hoy lo que escribo son experiencias muertas,

que a una tumba llevé. Pero cuando las recuerdo se convierten en un historial de vida.

Hoy, yo, Sandra Milena Rojas Ortiz, soy una mujer muy diferente a la de esta historia. Hoy pienso con cautela, me siento apoderada de mí misma. No hay nada que con firmeza me pueda derrotar. Hoy, cuando hablo con mi soledad, le hablo del amor, cierro mis ojos y le invito a dialogar con Dios. Doy gracias al cielo por fijar su mirada en mí, por tenerme en cuenta cuando le necesito, por enseñarme a ser feliz. Todo lo digo con el amor del padre, el poder del hijo y la fuerza suprema del espíritu santo.

PD: “Definitivamente, lo que no me mata me hace más grande”.

Con el apoyo de:

